

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVII

San José, Costa Rica

1933

Sábado 16 de Diciembre

Núm. 23

Año XV. No. 663

SUMARIO

De un claro varón de nuestra América...	Juan del Camino	Montaigne, o el filósofo a la jineta	Julio Irazusta
Varona	Rafael Heliodoro Valle	El daño (Cuento)	Vladimiro Bermejo
Cuba y su independencia (y 2)	Miguel Antonio Peña	La lección de Michel de Montaigne	León Pacheco
Matla (8)	Euclides Chacón Méndez	El valor social del mártir	Elena Torres
Epístola fraterna	E. López Albújar	Noticia de libros	
		El escultor Pozo	Abel Romeo Castillo

Estampas

De un claro varón de nuestra América

= Colaboración =



Dr. E. J. Varona

Visto por Massaguer

Los cubanos dirán de Enrique José Varona lo que él dijo evocando la figura del romano Pomponio Atico, que "logró llegar a edad avanzada, respetado, admirado, y, lo que es más extraño, querido". Cuba, tan rica en hombres que la engrandezcan, pierde con la muerte de este varón completo uno de los mejores promotores de su cultura y de su civilidad. Trabajó sin abatirse y con la aspiración inquebrantable de formar gente nueva. La Universidad de la Habana lo retuvo durante más de medio siglo dándole tribuna docente para la formación del espíritu nuevo. Dignificó su menester y la población universitaria hizo de él en la hora de lucha tempestuosa el guía acogedor y sereno. Piensa en don José de la Luz y Caballero, otro cubano de fama fragante, cuando afirma su sentido grande de la Educación. Habla así de la "escuela de virtudes, de pensamientos y acciones; no de espectadores ni eruditos, sino de activos y pensadores". La Universidad no es el claustro sin conexiones vivas con la realidad, sino el centro creador de seres activos y pensadores.

No se acogió Enrique José Varona al concepto de su compatriota para teorizar en un discurso. Citó a don José de la Luz y Caballero porque de él le venía inspiración que lo dirigía hacia el rumbo de la inquietud nueva. La Universidad que definió el venerable Varona fué aquella en que trabajó. Lo que dijo fué sin ánimo de llamar la atención fuera de su suelo. Para la gente cubana dió su saber. Cuba es tormentosa y hace vigilantes a sus espíritus celosos. Crecen despiertos y no hay un solo problema que abandonen. Por eso Varona dice al estudiante: "Nada de lo que ocurre más allá de este recinto debe pasar sin dejar huella en los que aquí se congregan; la vida de la nación en todas sus manifestaciones debe repercutir dentro de estos muros; y a su vez nuestra labor debe estar patente a los ojos de la comunidad cubana, y refluir un día y otro día en ondas de luz y gérmenes de sana actividad". Acción y pensamiento para el estudiante que será después

el ciudadano de dignidad y responsabilidad. Cómo contrasta este sentido de la Educación con el menguado sentido cuya influencia recibimos y reciben todas las generaciones que pasan por colegios y centros universitarios. Los muros del aula no dejan colarse ni una sola inquietud de la vida de un país. El aula sólo sirve para desarrollar un programa que conduce al estudiante a la conquista de un título. Y de un mal título porque en la mayoría de las veces es el resultado de un pésimo programa en manos de un mediocre profesor. El aula domestica y hace reventar un tipo indiferente de estudiante. Indiferente para los problemas de una nación, pero activo para la nadería de la reunión social y de tanta estupidez de los medios sin dirección. Cerrada para la acción, porque es mejor rehuir la responsabilidad en países que persiguen hasta dar con él en el sepulcro, al que censure y piense.

Enrique José Varona trabajó por dar

a Cuba una Universidad en donde pudiera el hombre y la mujer conocer los problemas de su tierra para afrontarlos y darles trato ennobecedor. Cuando el activo y visionario Eugenio María de Hostos fundó en suelo dominicano la primera Escuela Normal, afirmó con orgullo que ante todo formaba en ella hombres. Varona es de la misma estirpe y vuelve a decir: "Esto equivale a decir que desde la Escuela a la Universidad la necesidad, el propósito y el deber de los profesores se concentran en formar hombres. Hombres que se sientan capaces de actuar frente a la naturaleza, para sacar de ella las utilidades que les permitan vivir y desarrollarse; que se sientan solidarios de sus coasociados, para concurrir con ellos a la generosa empresa de hacer mejor, más bella y noble la condición humana". Son de valor e importancia enorme esas afirmaciones, precisamente porque fueron principios de educación que orientaron siempre a Enrique José Varona. Las hizo hace treinta años y el resultado no tiene nadie que adivinarlo. Claro está y los palpa todo el que piense en lo que es Cuba perseguida y asediada por tanta fuerza de adentro y de afuera. Hombres ha formado la Universidad cubana y hombres sigue formando para salvación de ese pueblo.

A los cincuenta años de profesorado edificador siente Enrique José Varona que una corriente de vivo cariño lo busca y lo rodea. Nada de lo que ocurre en este recinto—dijo un día a la población universitaria—debe pasar sin dejar huella en los que aquí se congregan; la vida de la nación en todas sus manifestaciones debe repercutir dentro de estos muros. Y repercutió en forma tremenda porque la pezuña del déspota rompía lo más sensible de la nación. El machadato con su barbarie extendía destrucción y tiniebla. Cuánto crimen y latrocinio! Los estudiantes no eran figurillas de una aula hermética. Cuba vivía en ellos. Y buscaron al guía en su propia casa para decirle que la Universidad les infundía varonilidad. El déspota los siguió has-

ta el propio lugar de la plática serena. Los siguió para echar sobre ellos al caporal soez que los diseminó a palos. Pero los estudiantes no se acobardaron y cerraron más estrechamente su cordialidad al maestro. El día que cumple cincuenta años de docencia que da altivos y pensadores, organizan el homenaje grande y quieren desfilar desde la Universidad hasta la casa del prócer. No lo consiguen, sin embargo, porque la tiranía ha doblado y cuadruplicado las unidades de destrucción. Cuando los estudiantes quieren entrar por las puertas que el maestro les tiene abiertas, las balas del machadato caen sobre ellos y matan a uno de ellos y hieren a varios.

Más tarde hay el propósito de hacer un homenaje al estudiante asesinado y la tiranía silencia la protesta. Varona va a decir palabras encendidas. No lo dejan y con valor publica este reto a la barbarie: "El hecho inconcebible de que se haya impedido arbitrariamente el Homenaje que las damas cubanas querían rendir a la memoria de Rafael Trejo, impone a todos los ciudadanos conscientes de su derecho el deber de protestar. Hay que depurar nuestra dignidad y nuestra libertad. No se estime que estas son palabras vanas. Son la expresión suficiente de que los grandes principios que cristalizaron en nuestra Constitución tienen arraigo en nuestros corazones. Por esto uno mi protesta a la que han levantado cívicamente las iniciadoras del homenaje. Los que lo han estorbado no han hecho sino darle una resonancia mucho mayor". La barbarie del machadato no pudo nunca tapar aquella voz censuradora que la gente nueva de Cuba buscó anhelante en los días torvos del crimen y el latrocinio. Esta es quizás la más grande de las lecciones dada por Enrique José Varona a su pueblo. Si la Universidad lo recibió joven y se sintió crecer con sus enseñanzas, al cabo de su obra docente no lo devolvió ruina miserable. Hombre en toda la extensión de la palabra, según la expresión de Hostos. Cuba sumida en la tragedia honda de la tiranía no perdía para la causa de la redención al varón visionario cargado de edad. Contaba con él erguido, comprensivo y la barbarie lo temía.

En esta América nuestra tan infortunada cuando le toca hacer el recuento de sus hombres envejecidos, la figura de Enrique José Varona es de una ejemplaridad apasionante. Sus años, octogenario casi, no le dieron senilidad, es decir, no le penetraron la inteligencia y el espíritu. Conservó hasta el final su decoro y fué así como no cayó en el mal terrible de convertirse en estorbo de un país. Para él más que derechos hubo deberes. Los que reclaman en cada actividad un derecho agotan a los pueblos. Derecho a gobernar, derecho a elegir, derecho a opinar. Y todo para tener el derecho a cobrar que es el supremo derecho de estos grandes estorbos llegados a la senectud. El caso de Enrique José Varona es de una decencia purísima. En él no hubo sino el de-

ber de formar hombres. La Universidad lo retuvo con honra y en ella dió los jugos de su inteligencia y de su espíritu. Se anidan los años sobre su vida y el deber de servir a su ideal mantiene siempre en él un gran resplandor. Es el oriente de la gente nueva que tiene funciones nuevas. Varona guía y no estorba. No hay una generación cubana, de ello estamos seguros, que haya sentido en Varona el estorbo. No quiso puestos que lo esclavizaran al derecho de cobrarlos. Por esto se le respetó, se le admiró, se le quiso en Cuba.

Y por esa proyección severa, lo quieren la gente nueva de la América nuestra. No pretendió dar normas para pue-

Varona

— Envío del autor. México, D. F. —

Pensamiento, pasión, acción: tal fué don Enrique José Varona,—el maestro, el animador, el profeta desencantado. Sus cátedras, sus libros, sus discursos, sus cartas, su conducta—todo él—nos lo muestran uno de nuestros antepasados y a la vez nuestro contemporáneo. Su estatura moral y mental sólo reconocen un semejante: Martí. Llevaba todo el color y todo el amor de Cuba y sólo le faltaba, para ser como su émulo, aquella muerte tan digna como su vida. El humanista, el polígrafo, el filósofo, serán siempre un testimonio de que hay en América material para construir un hombre puro, para demostrar que el Espíritu ha hecho acto de presencia, sin sangre y sin mancha.

Conoció a Varona, de paso para el Sur. Me llevó ante él uno de sus devotos: Fernández de Castro. En aquella ocasión perfecta traté a otro de la gran trilogía cubana que más me seduce, a don Manuel Sanguily. Gloriosos viejos que tuvieron la virtud de sobrevivir en medio de las tempestades inicuas, a pesar de esa tragedia cubana en que no desdijeron su puesto de actores y que, a la postre, los ensombreció de una altanera melancolía.

La entrevista me fué memorable, dejándome huellas de astro que cada día más se acerca. Delicia callada, fruición heroica de escucharlo en la intimidad de su casa, que era un vivo laboratorio de dignidad y de optimismo. Habló con aquella palabra suya tan insinuante, que acariciaba sin retórica, que fluía como un manantial antiguo. Tratándolo, oyéndolo, se sentía uno—orgullosamente—su discípulo. ¿De qué me habló? De tantas cosas que encendían su curiosidad, que le asediaban con luz de la primavera. Ni para qué repetirlas, ahora que su recuerdo me oprime.

En la historia de las ideas de América, por su continuo afán de renovación, por su originalidad, por su elegancia sin tropicalismo, por su hombría, Varona es una cumbre señera. Más de cincuenta años de sacerdocio laico, de ejemplaridad incólume, de darse en diaria eucaristía a todos los que necesitaban de su confortamiento, subrayan la eficacia desinteresada de su obra. Hombre lleno de las angustias que mantienen en cruz al pensador que va sembrando, a voleo, sus ideas—hombre universal—parecía uno de esos ciudadanos de utopía que por estar dentro de realidades cruentas, se alejan a diario a su destierro de las nubes para desde allá se-

blo que no fueran el cubano, pero su obra es para sobresalir y sin quererlo él orienta. Murió cuando Cuba libertada de la barbarie del machadato, está caótica. Formó mucha generación fuerte y de aquí ha de salir el ordenador de ese caos. Cuba es rica en inteligencias visionarias. Martí tiene el deber de acabar con la barbarie colonial. Varona fué también cubano de deberes. Por este acatamiento al deber dejaron obra perdurable. Seguirlos es deber de la gente nueva.

Deber que nos llama a una acción pronta como único camino de libertarnos de supersticiones que nos hacen errar a través de una tiniebla que nunca se desprende de la tierra. Hagamos a Enrique José Varona el gran homenaje americano buscando sus obras y meditando. Son reservas que pertenecen a la América nuestra, tan desorientada y falta de unidad. Acudiendo a nuestros guías nos podremos salvar de mucho mal espantoso. Del mal de tanto derecho, como este del sufragio, por ejemplo, convertido en pudrición de los pueblos. Varona descarna esta entraña del sufragio y extrae de ella nestilente al politicastro que vive en ella y de ella. "Pero este sufragio tan lento—dice—abre las puertas a toda clase de aspiraciones, legítimas unas, e ilegítimas otras, facilita los fraudes y el desnojo del derecho, y despierta sobre todo e indefectiblemente lo más funesto para la tranquilidad pública que puede existir: el espíritu de partido". La iniquidad del sufragio universal explotada por facciones políticas está fulminada por el genio de Enrique José Varona. Los inconformes que quisieran un cambio que acabara con esta farsa desgraciada tienen en las páginas del cubano inspiración eficaz.

Homenaje americano para el gran americanista que acaba de perder Cuba. Homenaje para que sus prédicas y sus aspiraciones visionarias fecunden inquietudes que activen transformaciones urgentes.

Juan del Camino

Costa Rica y Diciembre del 1935.

guir fabricando un mundo habitable.

¿Qué problemas de América no le preocuparon? Basta revisar su bibliografía amorosamente compilada por el Dr. Fermín Peraza y Saraúsa, en la que nos encontramos, por ejemplo, tratándose de México, un escrito sobre el Ferrocarril de Tehuantepec ("Revista Cubana", 1894"). Todo le interesaba, desde el problema homérico hasta la historia coetánea, desde las cuestiones filológicas hasta los coleccionadores de autógrafos. Y siempre alerta, siempre jovial, a pesar de su sabiduría, sirviendo siempre, amando como un gran amante.

No descansará del todo quien pasó por el mundo haciendo el bien y enseñando con el ejemplo más que con la palabra. Como Martí, como Sanguily, su tarea asume la claridad de esos crepúsculos que tardan siglos para desvanecerse. El sembrador ha recogido gozosamente su gavilla.

Rafael Heliodoro Valle

Noviembre, 1935.

Cuba y su independencia

= Envío del autor. Boston, Mass. Nov. de 1933 =

(Viene de la entrega antepasada)

La base de la verdadera independencia. —Respuesta lógica a la segunda pregunta.—Si, por el contrario, la juventud y el proletariado consciente de Cuba aspiran en verdad a hacer de la Isla una nación libre y autónoma, entonces será menester medir y apreciar con serio criterio la magnitud de la empresa, la situación geográfica de la Isla y las fuentes que poseen, controlan y absorben su vida económica.

Todas las naciones de la América Latina han sido y son víctimas del mismo error, de la misma utopía de que lo es Cuba: inexpertas y confiadas, siempre han creído y aun creen hoy que pueden ser verdaderas naciones o siquiera disfrutar de independencia política, cuando han perdido o enajenado su independencia económica.

Nunca un pueblo ha podido ser libre en el sentido lato del vocablo, mientras que no lo sea económicamente. Nunca un pueblo puede ni podrá tener un gobierno que emane de la voluntad popular o que tenga espíritu y estructura nacionales, mientras las tierras, las fuentes naturales de riqueza, los medios de producción, las plantas industriales y los medios de comunicación y de transporte, estén en manos o controlados por propietarios y gobiernos extranjeros. Quienes poseen la vida económica de una nación, esos la controlan. Y como la vida o la independencia política no es otra cosa que un corolario lógico, matemático, de la independencia económica, es un

contrasentido, una insensatez, pretender tener gobiernos populares, nacionales y representativos, en pueblos que están económicamente en manos y a merced de imperios o banqueros extranjeros.

Toda revolución, todo movimiento emancipador, no importa los ropajes con que trate de disfrazarse o desfigurarse, tiene por base fundamental y por objeto esencial la conquista de la independencia económica de parte de la clase oprimida, o del país o países explotados que apelan a la fuerza armada para destruir las causas de su opresión.

Las causas fundamentales que movieron a todas las colonias de América a rebelarse contra Inglaterra y contra España, fueron única y exclusivamente económicas. El estado de vejación intelectual y de opresión política a que tanto Inglaterra como España sometieron a sus colonias americanas, no era más que consecuencia natural e inevitable de la explotación y dominación económica. Poseída y controlada la vida económica de estas colonias por España e Inglaterra, no era posible, bajo ningún concepto, que dichas colonias pudiesen crear y disfrutar de independencia política e intelectual.

Una vez destruido por medio de la guerra de la independencia norteamericana el tributarismo económico impuesto a los Estados Unidos de Norte América por Inglaterra, y por medio de la guerra de la independencia latinoamericana, el tributarismo económico impuesto

por España a la América Latina, estos pueblos devinieron de hecho y de derecho libres política e intelectualmente también.

La América Anglosajona aprovechó su independencia política y usó todos los medios a su disposición para unirse, ensancharse y consolidarse, y para crear la independencia económica, científica e intelectual que posee hoy. La América Latina, por el contrario, ignorando el valor de la obra realizada en la guerra magna de la independencia, y traicionando el programa y los ideales de Bolívar y de todos los demás libertadores, se dividió, se empequeñeció, se anarquizó y destruyó las bases ya levantadas de la independencia política y de la autonomía científica e intelectual. Para esto, su oligarquía inepta, de ideología y tradiciones coloniales, estableció gobiernos absolutos, teocráticos y feudales, y se entregó a la expoliación de las masas y a la venta de las fuentes de vida económica e industrial en todo el Continente.

Es evidente que la independencia política de los pueblos tiene sus manifestaciones de vida, sus amagos de existencia, antes que la independencia económica. Pero esto obedece solamente al axioma de que la independencia política generalmente se inicia y obtiene sus primeras bases por medio de las revoluciones, por medio de las convulsiones violentas, por medio de fuego y sangre. En cambio, la independencia económica es el producto de un proceso de paz ordenado, largo, evolutivo y científico; el cual no puede iniciarse ni llevarse a cabo, sin que existan de antemano las bases de una positiva autonomía política.

La antelación del origen o nacimien-

MATLA (8)

(Fantasía indígena)

por

EUCLIDES CHACON MENDEZ

= Envío del autor. Alajuela, Costa Rica, 1933. =

SACRIFICIO

Gran revuelo alcanzó la nueva entre las gentes del valle. La condena de Matla puso un comentario afirmativo en cada boca y excitó el interés hasta de pueblos remotos. Mensajeros recorrieron por varios días las provincias indígenas de Toyopan, Aserrí, Pacaca, Garabito y Chomes, más o menos dependientes del Guarco, centro de las tribus güetares, convocando para la tercera gran festividad del sol, que se celebraría al finalizar la última luna del año. Esos mensajeros portaban sendas cañas con gordo haz de plumas en el extremo, distintivo de su misión. Habíase dispuesto para entonces grandes bailes populares, solemnes danzas religiosas, abundantes libaciones de chicha, en fin,

una serie de actos de carácter extraordinario, cerrando la festividad con sangrientos sacrificios humanos. Esto último, en verdad, era lo que más atraía a los vasallos de Cararé. Los güetares no comían como sus vecinos chorotegas y nahuas, carne de semejantes, pero acostumbraban ofrendar a sus dioses la vida de sus prisioneros. Esos sacrificios se celebraban tres veces en el año, durante las tres grandes fiestas tradicionales del Sol, divinidad suprema.

El tiempo que faltaba para la celebración de las solemnes festividades, lo pasó la tribu en preparativos. Los vecinos y los recién llegados rivalizaban en acicalarse lo mejor que podían: se confeccionaban collares de piedrecillas

de colores, o de blancos canutillos de hueso: se embadurnaban la piel con grasas coloreadas y se alisaban y peinaban los cabellos en gruesas trenzas. Atendían a su escasa indumentaria con diligencia y actividad; tejían mantas de algodón bordeadas de flecos; fabricaban con suave cuero de venado gutaras, esto es, zapatos, que era costumbre estrenar en las grandes ocasiones; acarreaman cestos de maíz grueso y amarillo, que reventado al fuego proporcionaba un plato delicioso, o bien masticado y fermentado se convertía en embriagante bebida, la chicha, a la que tan aficionados eran los indígenas; algunos se ocupaban del ornato de sus viviendas barriendo los frentes e interiores con escobas rústicas de hierbas, cambiando las techumbres de palma deterioradas por la intemperie...

Desde lejos fueron llegando delegaciones de pueblos vasallos que recibían alojamiento en las cabañas mejor acondicionadas. Portaban valiosos presentes que iban llenando, en descuidado montón, cámaras del palenque real. En el centro de la plaza, cuyo césped se mantenía recortado o se resemebraba en los huecos y "trillos", habíase construido el altar de los sacrificios. Consistía éste

to de la independencia política al de la independencia económica de los pueblos, es un fenómeno que ha confundido a las naciones jóvenes e inexpertas de nuestra América, tomando por el todo lo que es solamente el cimientito y demarcación de la obra; creyendo que la independencia política puede en verdad existir y perdurar, mientras que económicamente esos pueblos son colonias o dependencias de otros pueblos más poderosos, expertos en el arte de la explotación, y maestros de los vicios, abusos e inconsistencias de que adolece la presente sociedad.

Aspiración y misión de la juventud.—Puesto que no hay duda de que la juventud revolucionaria que marcha como vanguardia intelectual del pueblo cubano verdaderamente aspira a la independencia de su Isla y se sacrifica por la cristalización completa de este ideal, la caída de Machado y todos los sacrificios pasados y presentes de Cuba, deben tomarse solamente como la iniciación victoriosa y redentora de una magna empresa que requiere para su feliz término varios, quizás muchos años.

Para que esta magna empresa deje de ser un legítimo anhelo solamente y se torne en una fuerza orgánica y creadora; para que Cuba pueda ser gobernada por cubanos que lleven en su corazón a su pueblo y que empleen su cerebro y sus energías en crear vida y bienestar para éste; para que las riquezas de Cuba y el fruto del trabajo de los cubanos sean para los cubanos, es esencial e inevitable crear y formular juiciosamente un plan de liberación económica. Y, una vez formulado éste, proceder sin miedo

ni vacilaciones a su ejecución completa e implantación firme.

Mientras el movimiento de la independencia de Cuba y de toda la América Latina no tenga como base fundamental y como objeto esencial la conquista y consolidación de la independencia económica, todo esfuerzo para la creación de la independencia política será negativo, contraproducente y suicida. Ningún gobierno podrá hacer nada diferente de lo que hizo Machado, mientras la presente estructura económica exista en Cuba. Mientras la vida económica de la isla la posea, regule y controle Wall Street o cualesquiera otras fuentes económicas extranjeras, todos los gobiernos de Cuba serán despóticos e impopulares; puesto que sus presidentes no serán los presidentes del pueblo cubano, sino la fuerza ejecutiva que hace cumplir las leyes económicas, políticas y militares de los poseedores de Cuba.

El papel de Machado en la tragedia cubana.—Machado no fué otra cosa que un devoto y fiel servidor de los hombres que poseen y disponen de la vida económica de Cuba. Estuvo en el poder hasta cuando los banqueros en Wall Street y el Departamento de Estado en Washington, vieron que la rebeldía del pueblo cubano y el heroísmo de la juventud había llegado a su grado máximo y estaban causando grandes pérdidas y trastornos económicos; al mismo tiempo que despertando demasiada crítica en la América Latina, en Europa y entre los elementos honrados de los propios Estados Unidos.

Machado, como los presidentes que le precedieron, desempeñó ante los dueños

de Cuba y expoliadores del pueblo cubano su cometido a cabalidad. Fué más despota y criminal que sus antecesores, porque la absorción económica de Cuba por el capital extranjero, ya había llegado casi a su colmo; porque le tocó gobernar en la época más difícil y peligrosa para la sociedad capitalista; y porque los propietarios cubanos que en verdad poseen todavía propiedades de alguna consideración y pueden dar a la agricultura y a las industrias nacionales algún impulso y orientación, son hoy muy pocos y presentan ya características fatales de desaparición total.

Este pequeñísimo núcleo de propietarios cubanos es hoy un cuerpo desconectado completamente de la estructura económica nativa y de la vida nacional cubana. Para poder existir y participar en los negocios de la Isla, tales individuos han sido forzados a aliarse y a hacer causa común con Wall Street; guardando al mismo tiempo completa armonía y absoluta obediencia a las disposiciones y mandatos del Departamento de Estado norteamericano. Por esto los peores opresores y succionadores de Cuba y de otras secciones de nuestra América, son los nativos que todavía poseen algo o que aspiran al monopolio perenne del Erario Nacional.

El nuevo gobierno de Cuba.—Para que la caída de Machado y los sacrificios de la juventud revolucionaria y del proletariado de Cuba llenen su objeto y rindan los frutos deseados, es esencial que el nuevo gobierno proceda sin miedo ni reticencias a la nacionalización de todas las fuentes de vida económica de Cuba; socializando al propio

(MATLA), FOLLETÍN DEL *Rep. Am.*

(23)

en una gran piedra de metro y medio de largo por unos sesenta centímetros de ancho, en un extremo, y algo más del otro, y unos cinco centímetros de grueso, elevada sobre otras dos piedras menores. Esta mesa monolítica había sido extraída de ricas canteras de la cordillera del sur y labrada expresamente para la fiesta. La cara superior era cóncava y en uno de sus extremos tenía esculpidas cinco figurillas: dos que representaban lechuzas y tres el cuerpo humano con un cráneo por cabeza. En los cantos laterales de la piedra existían relieves en forma humana y leones echados.

Se alzaba, como se ha dicho, en medio de la plaza y frente al templo, mirando a oriente; de esta manera los primeros rayos de la luna se reflejarían sobre su pulida superficie como sobre un dormido remanso fluvial.

Para llegar hasta el altar era preciso subir algunas gradas. La plataforma ocupada por éste tenía suficiente espacio para que sobre ella pudiesen actuar con holgura el Sumo Sacerdote y ayudantes. Su situación en alto le hacía visible desde todos los puntos de la plaza.

Así la concurrencia, por numerosa que fuera, podría "gozar" del espectáculo con facilidad.

Frente al templo habíanse colocado largos trozos de piedra canteada que ocuparía el séquito real; el pueblo se apiñaría alrededor, llenando el amplio espacio de la plaza. En una esquina de la misma, doblado en ángulo, un cobertizo construido con maderos labrados sujetos con resistentes vejucos y techado de palmas, serviría de depósito a ventrudos tinajones destinados a contener la chicha. De este lugar, un poco hacia la derecha, desnudo de césped, partía doble estacada como de dos y medio metros de ancho, que se abría en cuadro frente al altar e iba a cerrar tras la "tribuna" del cacique y sus allegados. Este era el sendero de la **bebida de fuego** por el cual lindas doncellas distribuirían jicaras de rubia chicha al pueblo, y por donde desfilarían los prisioneros condenados al sacrificio.

En el templo estaban los ídolos sagrados, toscamente hechos de madera, de barro y algunos, de modesta talla, de oro macizo. Colocados sobre una tarima de piedras canteadas en sillar y

unidas sin argamasa; muchos, de diversas formas y tamaños, de concepción horrible, llenando con exceso el reducido altar. Algunos lucían mutilados parcialmente, retorcido el cuerpo, desfigurado el rostro; pero en esos trozos informes, que no inspiraban más que terror supersticioso, estaba la fe, la ciega fe de una sangrienta idolatría. En aquellas maderas labradas, aquellos barrocos amasados, aquel oro moldeado cuántas plegarias detenidas, cuántas inquietudes despiertas, cuántas ofrendas prometidas y cuántos sacrificios cumplidos! Era un pueblo abatido por un culto feroz, basado únicamente en el terror y la obediencia a falsas divinidades.

Por fin llegó el tan deseado día. Desde mucho antes de despuntar las primeras luces, comenzó el trajín de gentes: afluían de lejanas aldeas en largas filas, uno tras otro, cada cual con su morral a la espalda sujeto con una redcilla a la frente. Hasta los chiquillos aventuraban sus tiernos pasos en largas jornadas en pos de los parientes mayores. Iban colmando, como la fuente una tinaja, la plaza y alrededores.

Cuando el sol se alzó por sobre las sierras vecinas bañando de oro el valle, y las sombras de los ídolos se alar-

tiempo todas las industrias, medios de producción y de transporte y todas las empresas de servicio público.

Para que la presente revolución no se torne abortiva e infructuosa, se hace indispensable que la juventud revolucionaria y el proletariado de Cuba, se constituyan en fuerza política, ejecutiva y militar, para que tomen en sus manos las riendas del gobierno y la administración económica de la Isla.

En otras palabras: para que Cuba sea independiente económicamente y autónoma políticamente, es indispensable e inevitable restituir al pueblo cubano su patrimonio económico y político, robado y vendido por la oligarquía corrompida y traidora de Cuba, a la plutocracia norteamericana. Y todo esto, como es lógico y natural, no podrá llevarse a cabo sino aplicando de manera consciente, formal y general, la ciencia quirúrgico-económica y la terapéutica social de Karl Marx.

Si esto no se hiciese, entonces todo nuevo gobierno, no importa quién o quiénes sean los que estén a la cabeza de éste, será más o menos una copia del de Machado; y tratará, forzado por la presión imperialista extranjera y por los oportunistas nativos, de ocultar también el tumor gangrenoso que aqueja de muerte la independencia y el bienestar del pueblo cubano. Y si Cuba no se deja engañar más y determina buscar y aplicar los medios para la extirpación radical del tumor, entonces tal gobierno ensayará primero calmar a la juventud y al pueblo aplicando sobre el tumor ungüentos milagrosos, de nombres muy halagadores al oído de los que sólo ven las

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome "Selecta"

*No hay nada más agradable
ni más delicioso.*

Es un producto "Traube"

cosas superficialmente, o al través de prismas convexos, egoístas y personales. Estos ungüentos ningún beneficio concreto producirán. Ni siquiera aliviarán en realidad momentáneamente al paciente, puesto que el objeto de éstos es adormecer al pueblo y privarlo de que use propiamente su sentido común y el derecho de investigar y pensar. En otras palabras: los tales ungüentos sólo agravarán más la situación económica y política y tendrán un efecto morbosos, narcótico, para el pobre pueblo que sufre y que, conociendo la causa de su enfermedad, ha decidido hacer uso del único remedio para su curación.

Finalmente, cuando tales medios no sean eficaces, vendrán nuevamente los asesinatos de la juventud, de los maes-

tros y de los obreros; las torturas y la persecución de todo género para el pueblo; el terrorismo de la "Porra" o de cualquiera otro cuerpo de espionaje y de policía secreta, y la amenaza probable o inminente de la intervención norteamericana.

Ante esta situación azás angustiosa, seria y complicada, la juventud y las masas de Cuba no tienen sino uno de estos dos caminos para elegir: o renunciar a existir como pueblo y a hacer de la Isla una nación libre y autónoma, o encarar el problema de la independencia en toda su magnitud, complejidad y valor.

Imaginar o creer probable que Cuba tome el primer camino, no sólo sería un insulto a la juventud y a su pueblo, sino también una muestra de ignorancia e in-

(MATLA), FOLLETÍN DEL *Rep. Am.*

(24)

garon, como siluetas de monstruos, en el pavimento del templo, dióse aviso para empezar la fiesta. Al barullo inmenso, ensordecedor, que metía la concurrencia, sucedió, como por encanto, profundo silencio. En uno de los ángulos de la plaza apareció, de pronto, compacto grupo: el cuerpo de baile, constituido por indígenas semidesnudos, cargados de joyas y luciendo bellísimas coronas de plumas. Avanzaron lentamente, con paso rítmico, por la estacada, mientras a sus lados se apretujaba el gentío. Rostros inmóviles, inexpressivos, la mirada tendida al frente, sin viveza, sin luz y los brazos balanceados a compás. En su piel engrasada salpicaba el astro, como brillantes lentejuelas, gruesas gotas de fuego.

Les precedían ocho hombres con sendos atabales, a los que arrancaban monótonos sonidos. Lucían indumentos de fiesta, pero no tan vistosos como los otros. Por lo demás, observaban la mejor compostura y solemnidad. Llegados frente al altar y la "tribuna" real, ya ocupada por el Cacique y su séquito, se dividieron en dos filas concéntricas. Los músicos se apartaron a lugar convenient-

te, sin cesar de tocar sus instrumentos. Pero la música que hasta ese momento ajustaba su ritmo con lentitud, poco a poco fué acelerando mientras los danzantes giraban en círculo con creciente agitación. Así, a medida que aumentaba el bum bum de los timbales, los bailarines se movían cada vez más a prisa; el sudor les bañaba las carnes rojizas; jadeantes, desfigurado el rostro, gritaban con ronco acento y retorcián el cuerpo con violentos movimientos. Parecían presa de histerismo, de fiebre tenaz, furiosa, que les impelía a mayor esfuerzo, a grotescas posiciones. Ya no había en ellos, excitados hasta el colmo, la simetría y compostura que exigían los rituales: eran cuerpos tocados de extraña demencia, convulsos; seres extraordinarios, de cuerpos elásticos, espantosos como fantasmas del Averno.

Repetidas veces, deslizándose diestramente por entre los danzantes, lindas doncellas, desnudas, brindaban a éstos sendas jícara de chicha, que, sin parar el baile, eran apuradas con desesperada sed. De este modo la borrachera se hizo general. La danza cobró, entonces, el aspecto grotesco de una vulgar or-

gía; como ya en las gargantas de los ejecutantes se había apagado la voz y el pueblo callaba sugestionado, el espectáculo sugería impresión de un baile de brujos y ogros infernales. Cuando más acentuada era la flojera muscular y más embotado estaba el espíritu de aquellos hombres epilépticos, cesó, como cortada por un tajo, la música; entonces rodaron por el suelo gesticulando como poseídos de torcedora locura, cadavéricos los rostros, en el más completo relajamiento corporal.

El pueblo celebró esta danza como el mejor de los espectáculos. El Cacique ordenó que le fuese distribuida abundante chicha. El alboroto era terrible en la plaza: al cobertizo acudían grandes y chicos, sin preferencias de ninguna clase, corriendo, atropellándose, ganosos del codiciado líquido. Numerosas doncellas, ataviadas con vistosas plumas, se multiplicaban para satisfacer la multitud. Todos querían beber a la vez y se formaban grandes pelotones al paso de las hermosas escanciadoras. No había descanso, todo el mundo se movía como presa de demoníaca influencia. La dorada bebida circulaba abundante. Algunos, los menos fuertes, caían rendidos por la embriaguez y eran pisoteados sin consideración.

consistencia con los esfuerzos y sacrificios que este heroico pueblo ha venido haciendo en el anhelo de conquistar su libertad. Sería ignorar consciente o inconscientemente, la historia de la altiva Cuba.

Ahora bien: Puesto que no hay duda que lo que Cuba persigue es el segundo objeto, se hace necesario de que Cuba busque sus orígenes raciales, históricos y culturales para que, apoyándose en éstos, pueda tener una base firme y una visión clara para su independencia económica y política; al mismo tiempo que un rumbo seguro en el mar turbulento e indeciso de su futuro, y al través del cual ha de surcar la nave de su destino.

Cuba como parte de la América Latina.

—Cuba, bajo cualquier aspecto que se le estudie o se le mire, es una parte de lo que en el Nuevo Mundo se llama la América Latina. Toda la América Latina está dominada por las mismas fuerzas imperialistas y por los mismos factores absorbentes y destructores. La situación geográfica de Cuba, su densidad de población y su situación económica y política, la colocan en condiciones desfavorables para conquistar su independencia por sí sola; es decir, prescindiendo de los otros países hermanos que integran la América Latina. A la América Anglosajona que lleva el nombre de Estados Unidos de Norte América, sólo ha unido a Cuba, y la une actualmente, los dos peores yugos que pueden unir dos pueblos en la tierra: la dependencia y explotación económica y la dominación política. Destruir el primer yugo o cadena, significa de hecho la desaparición del segundo.

Mientras el Imperio norteamericano esté gobernado por hombres que sólo obedezcan y representen a los banqueros que poseen y controlan la vida económica del Imperio; mientras la opinión pública en los Estados Unidos esté forjada en el crisol de la vida y de las aspiraciones burguesas, y alimentada por la ideología económica, política y social de su avara, imperialista e insaciable plutocracia; mientras la América Anglosajona sea una nación capitalista, cuya burguesía mire a los pueblos de la América Latina apenas como sus feudos coloniales, como simples territorios para poseer y explotar, será la más rampante utopía y la más crasa insensatez creer, o siquiera abrigar la esperanza, de que los Estados Unidos obrarán con justicia para con Cuba y para con el resto de la América Latina.

Cuando la Juventud Revolucionaria y el Proletariado de toda la América Latina hayan cristalizado y consolidado económica, política y socialmente el panamericanismo de Bolívar, basándolo en el socialismo verdadero y científico de Karl Marx, entonces podremos creer que nuestra América ha conquistado su independencia económica, y, como corola-

rio de ésta, su autonomía política. Entonces las masas norteamericanas verán con claridad los errores de que han sido víctimas, y determinarán suplantarlo su gobierno capitalista y su sociedad burguesa, por un gobierno y una sociedad que hagan posible la creación y aplicación de un Panamericanismo democrático, científico y esencialmente igualitario: de un Panamericanismo que reporte mutuo beneficio y progreso para todas las naciones del Nuevo Mundo.

La tragedia de Cuba no es otra cosa que la parte más ilustrativa y culminante de la tragedia de toda la América Latina. Es la escena de esa tragedia latinoamericana, donde tiene completa y definida expresión el imperialismo norteamericano, generado y encarnado en la Doctrina de Monroe y en el falso panamericanismo de Washington y de Wall Street. Es el cuadro más vivo de esa tragedia que tiene por teatro el Continente de habla española y portuguesa, y que se extiende desde la frontera norte de México hasta el Cabo de Hornos. De esa tragedia que tiene hoy por únicos protagonistas, estos tres elementos y factores:—1°. La Doctrina de Monroe, la cual emplea el gobierno norteamericano como instrumento legal y como excusa justificable para su política imperialista en nuestra América; 2°. El Panamericanismo mentido, macabro y voraz de Henry Clay y de James G. Blaine, que representa la Unión Panamericana de Washington y que es la piedra angular y el brazo derecho de los banqueros norteamericanos y de su gobierno, para la penetración económica y para la corrupción política en la América Latina; y, 3°. La oligarquía decrepita, traidora y mercenaria de la América Latina, que entregó a la plutocracia norteamericana y a la inglesa, totalmente en algunas secciones y en gran parte en otras, el patrimonio económico y político de nuestros pueblos.

La mutilación y fraccionamiento de los países latinoamericanos, la captura de las fuentes de vida económica e industrial en todo el Continente, la enmienda Platt, el establecimiento de bases navales y militares en Cuba y en todo el Mar Caribe, los Tratados Permanentes, la apertura de canales con fines imperialistas, las intervenciones políticas y militares, las Comisiones Económicas, los Consejos financieros y políticos para los dictadores, los empréstitos ruinosos a los déspotas venales latinoamericanos, las misiones científicas, la intervención en las reformas de nuestro sistema económico fiscal y comercial, y otras ramificaciones, no son otra cosa que los hijos legítimos, la prole robusta y numerosa, de los tres factores ya enumerados y protagonistas de la gran tragedia.

El nacionalismo atómico ahogaría a Cuba.—Es una verdad irrefutable que el Brasil y la Argentina son los países más fuertes de la América Latina; que estos dos países, con el Uruguay, son los que poseen en ese Continente la mayor independencia económica, y, por lo tanto,

la mayor independencia o autonomía política también. Pues bien: con todo eso, uno de esos países no podría ser libre y autónomo en el verdadero sentido de estos dos vocablos, si pretendiese serlo aisladamente; si prescindiese para ello de los otros países de la América Latina: si tratase así de ignorar los factores y fuerzas de todo género que entrelazan y contribuyen a la independencia, vida y destino de todos ellos.

Ni la Argentina ni el Brasil, siendo los dos países latinoamericanos mejor organizados y donde la conciencia de autonomía e independencia está más adulta, podrían combatir económica o militarmente a los dos imperios que tienen en sus manos gran parte de su vida económica, si no viesan y acometiesen la obra en forma continental. Dados el poder económico, científico e industrial del Imperio norteamericano y del británico; los elementos de agresión y de destrucción que estos imperios poseen; la dominación económica y política que ejercen en el resto de nuestra América, y el nacionalismo atómico y destructor del resto del Continente, una decisión de la Argentina o del Brasil para su independencia plena, prescindiendo de los otros países latinoamericanos, sería una idea descabellada y un propósito irrealizable y suicida.

Ya puede verse, entonces, qué falta de juicio y de conocimiento concreto de los problemas que afectan a nuestra América en general y a cada país de ésta en particular, sería el de pretender independizar a Cuba sin conectarla con el resto de la América Latina, y sin hacer de su movimiento emancipador una parte o un capítulo de la gigantesca obra de realizar la segunda, definitiva y última independencia de nuestra América.

Así, pues, el programa que la juventud revolucionaria y el proletariado de Cuba deben formular y seguir para su independencia, deberá ser de doble fin y naturaleza: nacional e internacional. En otros términos: cubano y latinoamericano; local y continental. Este programa deberá ser, con las adaptaciones requeridas, el mismo programa de la juventud revolucionaria y del proletariado de toda la América Latina, y el cual aparecerá en varios capítulos subsiguientes.

Este programa será formulado bajo principios económicos, políticos y sociales, Marxistas. Tendrá por objeto dar a nuestra América la nave y la brújula requeridas para que se salve del naufragio en que se agita, se ahoga y agoniza; y, al propio tiempo, ilustrar y dar impulso, en forma continental, al movimiento revolucionario que encabeza Víctor Raúl Haya de la Torre bajo el nombre de Alianza Popular Revolucionaria Americana, y que está sintetizado en estas dos palabras: El Aprismo.

Miguel Antonio Peña

EN La Habana consigue el *Repertorio* con «Cultural S. A.», Librería Cervantes. (Av. de Italia 62).

CON don Ernesto Latorre. Apdo. de Correos No. 18, en la ciudad de Panamá, puede Ud. conseguir el *Repertorio*.

Epístola fraterna

= Envío del autor =

(A Rafael Heliodoro Valle a su paso por Paíta)

De paso por el puerto de Manuelita Sanz,
como una flor de lis, me envías un saludo
ensalador
y evocador
de cosas que ya no volverán.
¡Gracias, querido Rafael!
Tu saludo es para mí como un escudo,
hecho con oro de Indias y mejicana ley,
que guardaré en mi corazón,
junto a mi más verde laurel
y enlazado a mi más vieja canción.

Te llegó, al fin, la hora de partir,
ésa en que la emoción hace callar
y nos deja de pronto sin reír,
que es algo más terrible que llorar.
¡Enhorabuena!
Enhorabuena, porque llevas llena
de cuatro siglos de limeño ambiente
tu dieciochesca fantasía,
ávida, como la abeja, de ambrosía,
como la tierra arada, de simiente.

Ufano vas como un Colón
y sin ningún viento contrario.
Llegaste como un visionario
y te vas como un vidente,
que, entre horizontes de ilusión,
viera surgir de pronto un continente.
Cargado vas como un galeón,
al tope el pabellón
de tu numen,
y ansioso de arribar
para poder contar,
en lírico resumen,
todo lo que a tu alma
le habló la Lima de Ricardo Palma
y aquella otra que hoy se va hasta el mar.

Cargado pasas con tu acervo
de teorías, de gemas y de gamas,
sin miedo a que te aborden los piratas del
[verbo;
sin miedo a que desgarran tus velas y ori-
[flamas
de ensueños las tormentas
de la moderna vida,
o de que te proponga enigmas el futuro,
no tanto porque cuentas
con juventud, lírida,
ni porque tiene fácil y seguro,
en tu ánfora sedienta, el porvenir,
sino por lo que yo he llegado a descubrir:
que tienes en el pecho, en vez de corazón,
una rosa y un león.

Y qué de bellas cosas contarás,
limpias las manos y sin antifaz;
sin que para decirlas
preciso sea que te den los cielos
su azul y la piedad sus velos.
Para hombres como tú,
que saben ver las cosas y vivirlas,
bastan tus treinta días de Perú.

¡Y qué de bellas cosas le dirás
a ese mayorazgo de la raza,
bronceado antemural del Continente,
puesto ahí como para decir eternamente:
"¡Por aquí nadie pasa!"...
Desde el conventual patio de cantarina fuente,
magnolias tachonadas de flores rozagantes
como armiñados buches de cisnes ondulantes;
higueras centenarias, que parecen abuelas
sabias en teología, latines y pecados,
y pinos que semejan centinelas
de verdes entorchados,
hasta el claustro, solemne bajo el peso
de sus artesonados y arquerías,
orgulloso tal vez de verse preso

entre un derroche de azulejos mágicos
y un abigarramiento de frescos candorosos;
desde las calles de recuerdos trágicos,
de bronce vocingleros y ventrudos balcones
[herrumbrosos
hasta esas romancescas celosías,
tras de las cuales fueron las hoscas noches
[días,
llamaradas los ojos, agonía la espera
y espada y capa y corazón afuera...

Y evocarás también
los tes de aquellas tardes del Palais y del
[Bolívar,
en los que el "mosquetero del Sena", como
llamó a Garzón Rubén Darío,
la diestra aristocrática en la barba o la sien,
sabía, entre mil gotas del miel y una de acibar,
verter, a manera de un río,
la maravilla de su conversación,
mientras Núñez y Domínguez, balsámico, reía,
y Gálvez, todo anteojos,
ironizaba un poco con los ojos,
y Porras Barrenechea les ponía
algunos puntos a las fies nuestras
y Sánchez, Mould y Vegas
iban soltando ingenio por entregas.

Y evocarás también, seguramente,
aquel maligno cuento en que aludía
yo a cierto figurón del Continente,
y al que si yo escribiera le pondría
"El empresario de su fama"; cuento
que te hacía bullir sobre el asiento
y reír desternilladamente,
mientras lo iba yo improvisando aquella
[tarde,
en un exceso de brutal alarde
de mi musa creadora,
en auto y a sesenta kilómetros por hora.

Y no sólo hablará de hombres y cosas
tu prosa malabárica y sedaña;
también sabrá tu musa arrojar rosas
ante los pies de la mujer limeña
—pies que al andar semejan sobre el suelo
la abación que un par de mariposas
fueran haciendo en el vaivén de un vuelo.

Y nos dirá, en esguince versallesco,
con ese rendimiento que tú estilas,
todo lo que pensaste, enamorado,
de aquellos crespos ojos que una noche,
entre una vía láctea de pupilas
y un oriental derroche
de seducción, encanto y poesía,
mientras tú la mirabas fascinado,
la dueña de esos ojos sonreía;
y sonreía porque bien sabía
que tu fascinación no era pecado,
sino homenaje que tu gentileza
le hacía a su belleza
y a sus dos ojos,—el mejor pareado
que Dios, hecho poeta, habrá soñado.

¿Te acuerdas de esos ojos, querido Rafael?
Por ellos te quisiste quedar;
por ellos te olvidaste de un miniado papel
y hasta estuviste a punto de caerte en el mar.
¡Oh divino poder
ese que hace sentir a todos la mujer!

¡Y basta, amigo mío! Si algún día un buen
[viento

nos volviera a juntar
seguro estoy que al verte no habría de llorar
(yo digo lo que siento),
pero tampoco habría de reír.
Anudaría, muy sincero y fraternal
a tu tronco de fauno, un abrazo cordial,
y después de añorar e inquirir
por todo lo que vimos y dejamos en Lima,
remontados los dos, del pasado en la cima,
tal vez si lloraríamos como el monarca persa,
no porque no nos viéramos ya la frente tersa
—tu casi sesentón y yo septuagenario—
sino por lo que vimos,
sentimos y quisimos
en aquel estupendo e inolvidable Centenario!

E. López Albújar

Piura, Febrero de 1925.

El traje hace al caballero
y lo caracteriza y
LA COLOMBIANA
DE
Fco. A. GOMEZ Z.



le hace el traje en abonos semanales,
mensuales o al contado. Cuenta con un
surtido completo en casimires y operarios
competentes para la confección de sus
trajes.

Teléfono 3283

Frente «Al Siglo Nuevo»
Contiguo a la Iglesia del Carmen

INDICE



LIBROS QUE LE INTERESAN:

- I. Lenin: *Páginas escogidas, La campaña por el programa, la táctica y la organización del Partido.* (1895-1904) tomo primero..... 3.00
- G. Grinko: *El plan quinquenal e dlos soviets.*..... 5.00
- Melchor Fernández Almagro. *Vida y obra de Angel Ganivet.*..... 2.50
- Mauricio Bacarisse: *El paraíso desdeñado* 0.75
- Dario de Regoyos: *La España negra de Verharen.*..... 1.25
- Gerardo Diego: *Manual de espumas.*.... 1.00
- J. Gutiérrez Solano: *Dos pueblos de Castilla.*..... 1.00
- L. Giménez Caballero: *Julepe de menta.*... 1.50

Solicítelos al Admr. del Rep. Am.

Montaigne, o el filósofo a la jineta (*)

= De La Nación, Buenos Aires =

El hombre de la torre—tal la figuración clásica de Montaigne. Los rasgos de esa imagen dispersos en el famoso libro son los que forzosamente llaman la atención de los lectores cultos que constituyen mayoría en el público de los "Ensayos".

Un hombre reflexivo, amante de los libros, nutrido de humanidades, y aunque sociable, tan amigo de la soledad que para procurársela en medio de la vida doméstica hizo arreglar todas las dependencias para la habitación permanente en los tres pisos de una torre esquinada de su castillo, debía ser considerado como filósofo de gabinete. No es que quienes trataron de reconstruir su figura hayan olvidado la complejidad del personaje, sino que, de todas las representaciones concretas que de él se pueden hacer, la que mejor indica a la mente moderna la índole meditativa de Montaigne es la de su vida en la torre. Ese refugio inaccesible en que el pensador se substraía a la comunidad conyugal, filial y civil, para estar a solas con sus pensamientos y sus libros, ha quedado en la imaginación de las gentes como el marco natural de la pensativa figura.

Exacta en sí misma, la imagen del hombre de la torre es incompleta por lo que deja en la sombra. Sobre todo si se la quiere presentar como la principal. Porque tanto o más importante que el pensador solitario es en Montaigne el hidalgo sociable; que el enclaustrado voluntario, el amante de aire libre; que el sedentario, el andariego. Y de mí sé decir que cuando, como todo el mundo, impelido por la índole de los "Ensayos", quiero figurarme a su autor, antes que el ceño adusto de un dómine encerrado, se me aparece la gozosa fisonomía de un hombre a caballo.

Cierto que Montaigne es uno de los escritores más librescos que existan. Pero también es el menos libresco. Pocos han superado la calidad de sus elogios sobre el placer intelectual de la lectura. Pero nunca dejó de dosificarlos con el recuerdo de los inconvenientes de la vida sedentaria a que ella obliga, si se la toma con una pasión correspondiente a su mérito. Su propia manera de leer no se parecía en nada a la de un sabio de gabinete. En su famosa biblioteca no hacía más que hojear los libros, yendo, entre paseo y paseo, de uno a otro, sin orden ni concierto. Y aunque jamás, ni en la paz ni en la guerra, viajaba sin su dócil compañía, pasaba días, meses, sin abrirlos, los usaba casi tan poco como aquellos que no los conocen, aprovechábalos como los avaros sus tesoros "para saber que cuando le placiera podía disfrutarlos".



Michel de Montaigne

Además, si el torrente de citas que enturbia las páginas de los "Ensayos" revela un temperamento, ¿qué se dirá de los modismos de equitación, que constituyen el fondo más rico de sus imágenes concretas? Montaigne lo decía casi todo con el auxilio de un clásico griego, latino o moderno. Pero en proporción infinitamente mayor se valía de las cosas del caballo para hacer sensible sus pensamientos. La contextura de su lengua es profundamente idiomática. Pero los modismos que más abundan en ella son los de equitación. Y eso sí revela una modalidad espiritual. Para no citar sino los más bellos, Montaigne decía, del horror del vulgo por la muerte, que debía ponerle al asno las riendas en la cola; de los que se pierden en digresiones, que es difícil "detenerse en la charla y cortarla cuando se está en camino, y que nada hay en que se conozca tanto la fuerza de un caballo como en una parada en seco"; de los espíritus inquietos, que hay que tenerlos de la rienda para que no se echen de aquí para allá por el vago campo de las imaginaciones; de un templado, que era el hombre más paciente que conocía para refrenar su cólera; de su temprana convicción sobre la dificultad de la ciencia, que lo había "asentado en su montura y tenido de la rienda a su juventud para que no carga-

ra sus hombros con tan pesada carga"; de su espíritu en el encierro del retiro, que lejos de quedarse quieto, "como caballo desbocado se toma cien veces mayor trabajo para sí del que por otros se tomaba"; de las expresiones ajenas que para hacer suyas desfiguraba al citar, "como ladrón de caballos, les pinto la crin y la cola, y a veces los dejó tuertos: si el primer año los hacía andar al paso, yo los hago trotar, y si él los tenía de andar, yo los pongo en el tiro"; de su permanente estado de preparación para la muerte, que "precisa estar siempre con las botas puestas, listo para partir"; y así al infinito.

Incapaz de fijar la atención por mucho tiempo, estimulado a la reflexión por el movimiento, y embotado por la quietud, cuando sentado poco asentado, amante de la soledad pero también de la sociedad, al mismo tiempo impedido de caminar por achaques físicos y la indignidad de andar a pie y odiando coches, literas o embarcaciones, no le quedaba otro medio de satisfacer su afán de locomoción que el caballo. Tanto se acostumbró al noble animal, que podía estar montado sin sufrir los cólicos nefríticos y sin aburrirse, ocho y diez horas seguidas. Y tanto llegó a amarlo, que en sus "Ensayos" dice "honrar a maravilla" la respuesta de un soldado joven a Ciro, que le preguntaba por cuánto daría su caballo, con el que acababa de ganar una carrera: "Con gusto lo dejaría por adquirir un amigo"; y que siéndole igual morir de un modo que de otro, si tuviera que elegir, preferiría que fuese a caballo, antes que en una cama.

Lejos de estar en contradicción con sus hábitos de estudio, esa pasión por el movimiento que la equitación le permitía satisfacer tan cumplidamente, era una misma cosa con su hambre y su sed de saber. Tanto como el mundo de la introspección que escrutaba en el aislamiento de la torre, le interesaba el mundo exterior a él, de la sociedad y la naturaleza, seguro de que los modos ajenos lo orientarían en el conocimiento de las propias peculiaridades. Sólo una vez, en su luna de miel con la meditación, cuando empezó la redacción de los "Ensayos", hizo suyo Montaigne el "Solitudo, sola beatitudo", de San Bernardo. Después exaltó siempre otras felicidades en alternancia con aquella. Y entre ellas la de viajar, que tanto se avenía con su pasión por el movimiento.

(*) Michel de Montaigne, "Journal du voyage en Italie pour la Suisse et l'Allemagne", Colección "Hiers". Les œuvres représentatives, Paris, 1932. La introducción del editor Edmond Pilon es excelente.

(Pasa a la página 363)

El daño

= Euvío del autor. De Kaluyo. cuentos kollas; en prosa =

La tarde.
El Titikaka azul,
reflejaba el cielo,
diáfano sin una nu-
be.

Una rara quietud
embargaba el paisa-
je. En la llanura
amarillenta, el ga-
nado pacía tranqui-
lo. Sólo de vez en
cuando, cruzaban el
espacio algunos pa-
tos salvajes.

Don Mariano Lu-
na, caballero en un
brioso potro que sal-
taba al menor roce
de las espuelas de
plata, avanzaba por
el ancho camino.
Los herrajes del ca-
ballo, resonaban so-
bre los guijarros,
devorando la dis-
tancia.

Luna, era uno de
los últimos herede-
ros de la soberbia
de aquellos hidal-
güelos españoles, re-
zago de la colonia.
Su orgullo de noble
"español", no cono-
cía límites; su audacia rayaba en la te-
meridad.

Con un poncho de vicuña doblado so-
bre el hombro, un sombrero alón y pa-
ñuelo blanco de seda envuelto al cuello,
sembraba el terror entre los indios de
la comarca. Su terrible voz de trueno
era temida aún por los **mistis**.

Al borde de una ancha sanja cuidado-
samente guardada, detuvo el caballo, y
poniendo la mano a guisa de pantalla,
abarcó la amplia extensión del **aijadero**.
Una llama a lo lejos pastaba tranquila-
mente.

Los ojos inyectados en sangre, le bri-
llaron de odio, su faz se contrajo horri-
blemente. Hincó ambas espuelas en los
ijares del nervioso potro y, cruzó el
sanjón de un salto.

Cuando estuvo a corta distancia de la
llama que hacía daño en sus dominios,
sufrenó el bruto, arrancó su revólver y
le desarrajó un tiro. El animal dió al-
gunos pasos, tambaleó y cayó.

Luego volvió la rienda y siguió ca-
minando "sabe Dios donde"...

Al voltear un recodo del camino, un
indio se le cruzó.

—**Tatay**...—balbuceó el infeliz.

—¡Quita de ahí, **cangrejo**, o te mato!—
le respondió, haciendo rechinar los dien-
tes y echando llamas por los ojos.

—¡**Tatay**...!—volvió a suplicar el in-
dio, temblando.

—¿Qué hay? ¡Habla!—le intimó, so-
frenando el caballo.

—¡**Tatay**... mi... llamita... Se habían
descuidado en la casa... ¡Perdóname
tatay!... aunque no me pagues... ¡perdó-
name!...—suplicó, muerto de terror.

—¡Ladrones! ¡Sinvergüenzas!— vo-
ciferó.



Ilustración de F. Amighetti

—¿Yo cuido mi pasto para ustedes?
Le increpó brutalmente, haciendo resta-
llar el látigo sobre las espaldas del in-
dio, que recibió el castigo sin protestar,
sin quejarse, como si lo mereciera real-
mente, o estuviera acostumbrado a ello.

Desmontó del caballo. Descolgó de la
montura una **reata**; ató con ella fuerte-
mente las manos del indio, aseguró el
resto en la cincha del caballo y mon-
tó; ordenando al indio que marchara
adelante de su cabalgadura y al trote.

La noche.

Todo el cielo se había poblado com-
pletamente de estrellas. Ni una faltaba.

Dos compradores de ganado, perdidos
en la noche, llegaron a una cabaña, tem-
blando de frío.

Los perros comenzaron a ladrar in-
cansablemente. A estos ladridos, res-
pondieron los perros de las cabañas ve-
cinas y poco a poco el **Ayllu** se fué po-
blando de ladridos. Ni uno faltaba.

Al ruido producido por las ovejas en
el aprisco, salió una mujer.

—¿Quién?—inquirió con voz chillona.

—Nosotros—respondieron los cami-
nantes: ¡Alójanos por favor, nos hemos
perdido!...

—No alojamos a nadie... Mi marido no
está aquí—repuso la mujer.

—Por amor de Dios!, alójanos, te va-
mos a pagar!...

—¡No **tatay**, no a-lo-jamos!

Impacientes los dos caminantes, su-
plicaron una vez más: Siquiera vende-

nos comida, un po-
co de agua caliente.
Te vamos a pagar;
no creas que nos
vas a dar gratis!—
sacaron el dinero
dispuestos a abonar.

—No **tatay**, no te-
nemos nada—res-
pondió la mujer vol-
viendo las espaldas.

En la puerta de la
cocina, varios chi-
quillos se apretaban
silenciosamente. Los
perros no dejaban
de ladrar...

A poco; a la dis-
tancia, se oyeron las
pisadas de un caba-
llo que avanzaba.
Cada vez más cer-
ca, se sentía el ja-
dear del animal.

No había duda;
se dirigían a la ca-
baña.

Efectivamente, no
tardó mucho Luna,
en presentarse a la
puerta de la casa.
El caballo sudoro-
so, jadeaba, tem-
blando de cansancio.

Desmontó y desató a su víctima.

El indio, tenía la cara como un mons-
truo. A la luz de las estrellas se nota-
ban los coágulos sanguinolentos. Sin
percatarese de la presencia de los cami-
nantes, el verdugo intimó a su víctima
que le pagara el daño.

La mujer, al ver a su marido en aquel
miserable estado, se arrojó a los pies
del furioso gamonal.

—¡**Tatay**!... perdónanos!...—imploró
gimiendo.

La rechazó a puntapiés, haciéndola
rodar por el suelo.

Los chiquillos en silencio se apreta-
ban en la puerta de la cocina. Los pe-
rros seguían ladrando...

—¡Págame el daño!—exigió, increpan-
brutalmente al indio, que parecía petri-
ficado.

Este, pareció despertar de un sueño,
al oír aquella voz odiada. Regateó, gi-
mió. Era inútil. Cuando hubo agotado
los ruegos en todos los tonos, penetró
en la despensa y volvió con un fajo de
billetes, que entregó en manos del gamo-
nal, el cual recibió rápidamente, atropellando. Una mirada ambigua fulguró
en los ojos del indio. Quién sabe si de
terror o de odio...

Cuando ya estaba para montar otra
vez, Luna, se dió cuenta de la presen-
cia de los dos testigos, que habían per-
manecido en silencio.

Los otros saludaron.

Sin dignarse contestar, apretó la cin-
cha de su caballo y montó.

Ya al partir les dijo:

—Convénzanse ustedes, que a estos
carajos hay que tratarlos mal, ¡"son de
a malas!"

Y como un fantasma fatídico, perdióse envuelto en las sombras de la **Noche**.

Los bueyes levantaban nubes de polvo en las chacras ya escarbadadas. Sus mujidos resonaban lúgubrementemente en la tarde.

El sol prendido en el último picacho de los Andes, parecía esperar en el último hondaso del Inca, para desaparecer.

Los hombres sudorosos, con los rostros curtidos y llenos de tierra, sin decir palabra, habían vuelto a la choza. Permanecían mudos, como monolitos bronceados, unos apoyados en las paredes del aprisco, otros en cuclillas cerca de la cocina.

Los **lekechus** por parejas, chillaban agoreros. Las gallinetas en el río aturdíen con sus "tic tic tic", "tic tic tic"...

De uno de los cuartos de la cabaña salió la vieja Gregoria y explicó a los hombres:

—Sigue la **ttala** ¡Está muy mala! Esta noche tendremos que hacer la ceremonia, para curarla.

Los hombres oyeron sin pestañear. Los músculos firmes no dieron señal de emoción, a pesar de que la **ttala** había atacado a Marta, la mujer más bella y más joven del **Ayllu**.

La noche comenzó a extender su manto sobre el paisaje.

—Muchachos, es la hora del **payi**—masculló gravemente el viejo Hilario—. Los hombres se movieron como si despertasen de un sueño milenario y dijeron algo entre dientes.

Cuando oscureció completamente y a lo lejos todavía chillaba alguna retrasada pareja de **lekechos**, el viejo Hilario, por decir algo, contestó:

—Yo tengo mucho miedo al **payi**. Es esa hora en que termina el día y comienza la noche. En esa hora los ojos no ven y todas las cosas parecen borrosas. Se aparecen entonces mujeres enlutadas que lo desvían a uno del camino...

Se calló.

Nadie respondió. En oscuridad, cualquiera hubiera creído que hablaba solo. Los demás indios no respondieron. Con la mirada perdida en el infinito **pijcharon** la coca. Sólo de vez en cuando se oía el crujir de los dientes cuando mordían la **llujta**.

En la cocina el fuego crepitaba débilmente, alumbrando de vez en cuando las paredes ennegrecidas por el humo.

Pitucha, la madre de Marta, llamó a los hombres con voz chillona, anunciándoles que la comida estaba lista.

Los indios se movieron; en silencio, uno tras otro, penetraron en la cocina, saludando.

—Winas noches tatay.

—Winas noches mamay.

Y se acurrucaron en los rincones, como pudieron.

Eran siete. En las paredes de la cocina sus sombras danzaban adoptando mil formas, porque el fuego ya ilumi-

naba saliendo por la puerta del pequeño fogón de barro o por los agujeros de la parte posterior.

Comieron en silencio, haciendo dar vueltas a la **chua** sostenida por la mano derecha, ayudándose a veces con los dedos de la otra mano, para llevarse a la boca los últimos restos de una especie de mazamorra de **quinua** con pedazos de **chuño**. Cada uno se comió dos platos de aquella frugal comida. Algunos bebieron agua del mismo cántaro y en general todos **pijcharon** coca...

Todo se consumaba en silencio. Parecía que estuviesen asistiendo a un extraño rito. Obsesionados por la **ttala** de la Marta, rumiaban en silencio sus pensamientos...

Sigilosamente abandonaron la cocina, uno tras otro, y tomaron sus respectivos sitios alrededor de la cabaña.

Reinaba una completa tranquilidad.

La lumbre había dejado de alumbrar en la cocina. El silencio envolvía todo; cuando de pronto se oyó:

—"Tic tic tic" "tic tic tic"...

Los hombres se sobrecogieron ligeramente, al oír aquel extraño ruido; pero nadie dijo nada, hasta que el viejo Hilario abrió la boca:

—Es el **kcate-kcate**.

Y explicó en seguida, por decir algo, aunque estaba seguro de que nadie ignoraba aquello.

—El **kcate-kcate** es una cabeza que vuela en las noches. No hay que imitar su grito, ni mirar hacia arriba, ni señalar con el dedo, pues al que hace eso, vuelve la cabeza, le hace caer unas gotas de su sangre y el atrevido muere instantáneamente...

Nadie respondió. No se podía saber si aquellos hombres se hallaban vivos o muertos.

La noche avanzaba. El viento se

quejaba lúgubrementemente entre los pajonales de la llanura.

Un perro ladró a lo lejos.

Los demás del **Ayllu**, contestaron, como si aquel primer ladrido hubiera sido la señal para comenzar.

Ladaron por algunos minutos. Después todo quedó otra vez en silencio.

La vía láctea fulgía como un sendero de plata.

La vieja Gregoria salió de la habitación de la enferma:

—**Jesús, Mariyay, José...** ¿Dónde están?...—inquirió.

Los indios se movieron borrosamente, pero ninguno contestó. Luego desfilaron al cuarto. Era llegado el momento de la ceremonia.

"La Marta" era una india joven, bastante bonita y bien formada. En el **pattati** se retorció, dándose diente con diente. De rato en rato articulaba palabras incoherentes.

Los indios se sentaron en los rincones de la choza silenciosamente siempre. Ni siquiera repararon en Kutipa, el viejo hechicero del **Ayllu**.

A una señal de la vieja Gregoria, todos se descubrieron religiosamente.

El hechicero con un plato de barro lleno de brasas se levantó, espolvoreó incienso, levantando espirales de un humo azulado. Se arrodilló y oró con la vista en lo alto; luego se volvió a los cuatro costados de la habitación y acercándose a la enferma la sacudió brutalmente de los cabellos.

La enferma prorrumpía en gemidos ininteligibles.

—Ana-nay... ana-nay... Hí-híhí—hí-hí-hí...

Que Kutipa el hechicero iba traduciendo a los presentes:

—Dice que este año no lloverá... le

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras "NATIONAL"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "ROYAL"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

ha agarrado la **Pacha mama**...

Por último, la enferma quedó agotada, echando espuma por la boca.

El hechicero se acurrucó en un rincón y comenzó a **pijchar** su coca.

Los indios abandonaron la choza, sin proferir palabra.

Fuera de la choza, otra vez ocuparon sus puestos, alrededor del aprisco. Hilario comentó:

—Este año tendremos "ambruna"... Y yo que pensaba pagar mis deudas con la cosecha, al caballero Mariano...

—¿Y de qué le debes?—preguntó uno.

—De una multa. En la fiesta del año nuevo, me había emborrachado. Yo no me acuerdo; dicen que me había pegado con otro. Desperté en la cárcel, y el caballero Mariano Luna, que es el gobernador, me impuso una multa de cincuenta pesos. Salí con fianza del caballero Contreras a quien debo además veinte pesos por su fianza...

—Estos **mistis** nos van a despellejar. Comentó Mayta, el más joven de ellos.

Los demás callaron. Sumidos en un obstinado silencio, seguían **pijchando** su inmemorial coca.

Un gallo cantó en la casa más cercana.

El viejo Hilario aguzó el oído de repente, y dijo:

—Viene alguien a caballo...

Los otros, después de haber escuchado un rato, aprobaron la afirmación.

En la noche callada, se oía claramente, las pisadas de un caballo que marchaba al galope. Los indios, anhelantes, se pararon.

—¿No vaya a ser un ladrón?—comentó alguno.

Los otros empuñaron sus látigos. El caballo se acercaba a la cabaña de la vieja Gregoria. Los perros empezaron a ladrar incansablemente. Pronto un jinete se presentó en el pequeño patio de la cabaña.

—¿Quién hay aquí, carajo?—tronó el señor don Mariano Luna.

Los indios, como si les hubiera pasado una corriente eléctrica, reconociéndole por la voz, se pusieron delante de él, saludando humildemente.

—¿Dónde está la vieja Gregoria?—preguntó.

La vieja, toda sarmentosa, se llegó a los pies del gamonal, saludándole con voz chillona.

—¿Dónde está tu hija? ¿Es cierto que está enferma?

—Sí, **tatay**!...

—¡Ahjá! ¿Dónde está Kutipa?

—Se ha ido, **tatay**!...

—Ahora me va a conocer ese viejo brujo. Los voy hacer azotar a todos ustedes!...

De pronto, súbitamente, empuñando el foete, comenzó a pegar a los indios. Estos se dispersaron, perdiéndose en la oscuridad...

—¡Tú, vieja ladrona, estás consintiendo estas brujerías, no!—aulló con acento siniestro.

La vieja, masculló temblando, una disculpa.

—¿Dónde está tu hija ahora?

La vieja, con voz suplicante, informó:

—Ahí en el cuarto... ¡Está enferma, **tatay**!...

El gamonal, dando la rienda de su caballo a la vieja, se dirigió a la choza señalada.

Penetró. Una bujía de cebo desde el suelo alumbraba débilmente la habitación. En un poyo dormía vestida aún, Marta, la bella flor del **Ayllu**. Con los ojos inyectados por la lujuria, contempló un momento su presa; de una patada apagó la luz y se lanzó sobre su víctima.

La vieja, angustiada, se retorció impotente llorando al pie del caballo. Gemía de dolor y rabia...

Después de algún rato, salió el gamonal. De una patada derribó a la vieja, montó en su caballo y desapareció tragado por la noche.

A poco momento, los indios aparecieron. La vieja permanecía aún tirada en el suelo; el puntapié del gamonal le había quitado la respiración. El viejo Hilario la levantó; ayudado luego por Mayta, transportaron a la vieja al cuarto, mientras uno de ellos iba buscar luz a la cocina.

Cuando alumbraron la habitación de

la enferma, Marta con las polleras remangadas se hallaba completamente desvanecida; las piernas nadaban en un charco de sangre...

Vuelta en sí la vieja enmudeció ante el cuadro. Los otros trajeron agua para reanimar a la enferma.

—¡Estaba embarazada!...—aulló la vieja.

Los indios permanecían mudos, mientras que el viejo Hilario y Mayta trataban de reanimar a Marta.

Los esfuerzos fueron inútiles. La hemorragia incontenible. Cuando la mañana se perfilaba sobre los cerros lejanos, Marta dejó de existir...

Vladimiro Bermejo

Arequipa, 1933.

Voces aimaras usadas en este cuento

Misti.—El blanco o criollo.

Sanja.—Canal ancho que separa una propiedad de otra.

Aijadero.—Pastal.

Tatay.—Señor.

Lekeño.—Ave migratoria.

Ttala.—Fiebre intermitente.

Ayllu.—Célula social del inkano.

Pijchar.—Mascar.

Llucta.—Cal vegetal.

Chua.—Plato de barro.

Chuño.—Papas heladas.

Patati.—Poyo que sirve para dormir.

Pacha mama.—La tierra como divinidad femenina.

Montaigne, o el filósofo a la jineta...

(Viene de la página 360)

Montaigne ha sido un gran viajero. Para los medios de transporte de la época y su escasa actuación política, la cantidad de sus viajes dentro de Francia fué grande. Sólo que, como no quedara minuciosa relación de ellos, no han sido tenidos mayormente en cuenta. Así, la gran vuelta que, en diez y ocho meses de intensa actividad, dió por Alemania, Suiza e Italia, y de la que nos ha dejado un diario, parece de todo punto excepcional en su vida, cuando en realidad no lo es sino por los lugares recorridos. Montaigne fué al extranjero buscando lo mismo que había buscado en su patria: un alivio a su enfermedad.

Eso es lo que da fisonomía propia a su diario, no tan conocido como famoso. Es obvio, y ha sido muchas veces observado, que el suyo no se asemeja en nada al "viaje a Italia" de los escri-

tores modernos, del romanticismo para acá. Pero tampoco se parece al de sus contemporáneos o antecesores. Ayer, aunque de otro modo, el viaje a Italia era un viaje intelectual—tal vez más intensamente que hoy. Se realizaba en la juventud, período de formación, en compañía de un preceptor, con un cuidado proporcional a la dificultad y el costo. Y cuanto menos andariego era el privilegiado que se podía permitir el lujo de la "gran jira", como entonces decíase, tanto más sistemática era su curiosidad científica, filosófica o arqueológica, ya que no estética en el sentido actual. Nada de eso en el caso de Montaigne. De la relación que nos ha dejado en su diario resulta que lo primordial en sus andanzas era lo material, y lo espiritual accesorio. A los cuarenta y siete años no podía sustentar la inversa jerarquía de intereses, porque él no iba en busca de normas, objetivo de los viajes intelectuales en su época. Y tan poco le interesaba el clásico país, que a no ser por sus compañeros de marcha, "hubiera ido más bien a Cracovia o hacia Grecia por tierra, que a Italia", según dice el amanuense que escribió la primera parte del diario. Lo desconocido que hallaba placer en visitar, "hasta el punto de olvidar la debilidad de los años y de la salud", era aquello sobre lo que no tenía ni referencias. Y acerca de Italia estaba cansado de leerlas u oírlas.

Primicias de "Oro de Indias"

Poemas Neo-Mundiales

Por JOSE SANTOS CHOCANO

«Tierras Mágicas». «Las Mil y Una Noches de América». «Alma de Virrey». «Corazón Aventurero».—400 páginas de poesía y arte. 50 bellas láminas. Opiniones de Geo Umphrey y Max Daireaux. Un autógrafo de Gabriela Mistral.

Precio: U. S. \$ 1.00

Pedidos al autor: Edo. Llanos, 24 Santiago de Chile.

Notable es su distracción ante los monumentos de ese Renacimiento italiano, cuyo elenco estaba ya completo en 1580, año del viaje. El diario no dice palabra del Guatamelatta de Donatello o los frescos de Mantegna, en Padua; ni de Ticiano o Verrochio, en Venecia; ni del Schianoia, o las estatuas de Jacobo della Quercia en Ferrara; ni siquiera, por hallarse en la calle, de la Fuente de Neptuno, en Bolonia. En Florencia hay tantas cosas, que alguna tenía que meterse por los ojos. Da el calificativo de bellas a las estatuas de Miguel Angel en San Lorenzo, y a la catedral. Pero habiéndolo tenido debajo de la nariz, se le pasa inadvertido el "bel San Giovan", que decía Dante. Y Santa María Nueva, la plaza de la Señoría, Or San Michele, el palacio Pitti, no existen para él. En Siena visita la catedral sin reparar en los maravillosos grafitos del piso.

En Roma hace excepción a su indiferencia por el Renacimiento—mayor que la de sus contemporáneos—, otra vez con Miguel Angel, y también con Rafael. Y se eleva a cierto lirismo evocando la ciudad antigua, en cuyo sitio, desierto o convertido en viñedos hasta 1845, época en que nuestro Sarmiento hiciera su visita, "asoma por todas partes la osamente gigantesca del Imperio Romano".

Lo que interesaba al señor de Montaigne en su "Viaje a Italia, por Suiza y Alemania", eran: la diversidad de las costumbres, los hábitos de vida de cada pueblo, las características de la planta humana, las conquistas del hombre sobre la naturaleza, los progresos de la civilización —, exterioridades de la religión, comodidad de las habitaciones, variedades de la alimentación, costo de la vida, estado y seguridad de los caminos, aspecto de los lugares, cultivos, diversiones, galantería, etc. Y el trato de las personas distinguidas por la posición o el saber o el talento. Y sobre todo, las aguas medicinales, primordial objetivo de su viaje. La descripción de la manera corriente de tomarlas en cada lugar, y de la suya propia, del efecto de ellas sobre su salud, de sus alternativas de cólicos y alivios, de la interminable siembra de cálculos renales en todo el trayecto de su viaje, ocupa la mayor parte del libro.

Mezcla de Baedeker para lo material, guía verde, propaganda de turismo medicinal, repertorio de curiosidades, rarezas y extravagancias, libro de cuenta familiar y gráfico de una enfermedad, el diario de Montaigne es de un estilo pedestre, uniforme, sin relieve, muy apropiado al asunto. La parte escrita por el patrón se diferencia poco de la escrita por el secretario. Y es en la redacción de éste donde se destacan de la grisalla habitual, como pepitas de oro entre la arena, algunas observaciones morales o imágenes de aquél, que han impresionado al amanuense, haciéndolo esmerarse en la reproducción. Así, en medio de la monotonía de las anotaciones escuetas, surgen de vez en cuando disquisiciones

brillantes que parecen desglosadas de los "Ensayos" o viñetas admirablemente plásticas de un vallecito alemán, de la copa en cuyo fondo se halla Florencia, de los viñedos de la Toscana, de los olivares próximos a Roma, fugaces anticipaciones de una literatura pictórica que tardaría más de dos siglos en llegar a la perfección.

Como documento para la historia de la civilización en Italia, Suiza y Alemania, a fines del siglo xvi, el presente diario es de un valor inapreciable. Sin que el autor haya tenido la intención de trazar un panorama de la situación política de la clásica península, sus datos sobre el encono de los partidos español y francés y la respectiva posición de uno y otro en ese momento señalan el fin

a favor de los primeros de la secular lucha por la primacía entablada en tiempos de Fernando el Católico y Carlos VIII. Como ése, muchos otros detalles. Pero su principal interés consiste en ser un documento precioso sobre el propio Montaigne; sobre su amor de viajar para conocer y de andar a caballo para viajar; sobre ese "filósofo a la jineta" que tan poco responde a la imagen convencional del escéptico de la torre; sobre ese Pirrón de cuento que, a diferencia del verdadero, escribió tanto y galopó tantos miles de kilómetros, cuidando de sortear todos los obstáculos, en busca de cosas nuevas y desconocidas con que satisfacer su apetito de conocimientos.

Julio Irazusta

La lección de Michel de Montaigne

= Envío del Autor. San José, C. R. =

La prosa del gran ensayista tiene, indudablemente, el sabor de un vino añejo cubado en los sótanos de un castillo gascón. Es prosa del siglo xvi. Difícil de gustar, pero amable al paladar cuando se nos acomoda en el espíritu. Leer a Montaigne en su francés simple, en su francés que, nostálgico, se despidió del latín medioeval, es el más reconfortante de los ejercicios. Faltaría algo a las lenguas romances si no hubiera existido este elegante y noble discípulo de Séneca y Plutarco. Pudo Calvino crear la lengua francesa. Pudo vulgarizarla, en su hablar más erudito, Amyot: para nosotros nace el francés con Montaigne y Rabelais. Y es que el ensayista quería una "lengua difícil, nerviosa, masculina y militar, breve y brusca". Y así fué la suya. Además, llena de gracias.

¡Ay, y qué época la suya! ¡Tan ingrata y tan dura! ¡Cualquiera creería que no era una época para los placeres de un engreimiento solitario, para refinar, en un ambiente de libros, el utensilio literario contra el cual el poeta Malheube y los prosistas del siglo xvii habrían de ganar la batalla, en la cual quedó definido el espíritu de Francia,

como quedó asentada su unidad política bajo el reinado de Enrique IV. Pero no lo olvidemos, Montaigne buscó una "lengua masculina y militar".

Siglo de las primeras luchas religiosas en el sentido moderno: la Reforma por un lado y por el otro la Catolicidad, Montaigne actuó en plena lucha: En el Parlamento de Burdeos el ilustre castellano triunfó siempre. El gran canciller Michel de L'Hopital, desde la corte parisiense, lo consultaba sobre los asuntos del día, y él le aconseja la concordia, porque sabía que el más hábil y bueno de los políticos de su tiempo tenía como norma el mismo espíritu conciliatorio que lo animaba. Ante la amenaza y la destitución de L'Hopital, Montaigne calla, pero en el fondo presiente la tragedia. La Saint Barthélemy no lo sorprende: Su corazón conoce a los hombres y sus reacciones ambiciosas.

¿No véis que era escéptico?—se nos dirá—; Insensatos! El escéptico no es más que el hombre que confronta sus aspiraciones con el ambiente y ve que éste es más fuerte que él: La vida es lucha para el escéptico y no destrucción. Sin embargo, oíd el acento del filósofo

PAPELTAPIZ

Enorme surtido desde
60 Cts. el rollo, en el

“CICLO CLUB”

TELEFONO 2888 — SAN JOSE — APARTADO 323

cuya fuerza es grande para quienes buscan sus escritos: "Mon intérêt ne m'a fait méconnaître ni les qualités louables en nos adversaires, ni celles qui sont reprochables en ceux que j'ai suivis". Habla de protestantes y católicos. ¡Ah!, él ha perdido lo único que vale la pena en el mundo: ha perdido un amigo—oído bien, un **amigo**—y ese amigo, Esteban de la Boétie, ha escrito un libro que, con repugnancia, se ve obligado a publicar: ve en él el germen de las pasiones que odia. ¡Con repugnancia Montaigne dice que **El discurso acerca de servidumbre voluntaria** de La Boétie no fué más que un ejercicio de retórica de su amigo cuando éste estudiaba en el Colegio de Guyenne. Ese libro tiene una gran influencia en las épocas revolucionarias: quizás por eso lo detestó Montaigne, hombre para quien "la costumbre" tuvo más importancia que "la razón". El panfleto de La Boétie estuvo a la orden del día en 1793. También en 1848. (No es raro que hasta los mismos libertadores de América lo conocieran: Bolívar, en su apresuramiento vital, parece sustentar aquellas teorías que ya brillaban en el siglo xvi). Es decir, que La Boétie es un espíritu para épocas revolucionarias y Montaigne lo es para épocas de paz, no de estancamiento. En fin, Montaigne y La Boétie fueron amigos entrañables: nunca amistad fué más perfecta y nunca se escribió su elogio de manera más cálida y humana que en **Los Ensayos** de Montaigne.

Michel Eyquem, señor de Montaigne, tenía del español judío por su madre, Antonieta de Louppes o López. Acaso en este origen resida algo de su individualismo, de su amor por la acción y de cierto egoísmo que sus biógrafos llaman pereza. (Sin embargo, por el espíritu de tolerancia podría decirse que Montaigne es el patrón de los liberales. El Renacimiento fué una época de liberalismo libertino: sólo Montaigne supo encontrarle ese sabor de doctrina moral que lo aísla en un siglo que, dice Daunou, fué "el más trágico de toda la historia"). El hecho es que el autor de **Los Ensayos** tuvo en sus venas sangre de España y en su alma tragedia del escepticismo que martirizara al moralista de Córdoba. El drama de Montaigne consistió en esto: la vida es drama ("il faut se prêter à autrui, et se donner à soi-même"), y el drama vital es selección que reseca las facultades fatales del sentimiento gnóstico ("il fait mechatment cela, et vertueusement ceci"). Pero este hombre extraordinario (más extraordinario que Maquiavelo que no fué más que un soñador de la política explicada en máximas teóricas y poco prácticas) tuvo el don magnífico de seguir una línea de conducta opuesta a su razón. En tal sentido fué el caso opuesto de Pascal: vivieron en antítesis moral. La angustia pascaliana es lo menos francesa posible y sin embargo nadie encarna también el genio de su raza como el autor de **Los pensamientos**. Con Montaigne sucede todo lo contrario. Si La Rochefoucauld no fuera tan amargo, si

hubiera descubierto en su filosofía de desencantos mundanos resortes caritativos, podríamos decir que fué el único moralista que lo heredó. Con todo está muy lejos de la masculinidad de Montaigne.

Montaigne poseyó una emoción muy clara de su mundo—catolicidad, lealtad al rey, cumplimiento de los preceptos más humanos, devoción de las humanidades—, y, al mismo tiempo, fué el espíritu más "frondeur" de su siglo. Para él la existencia fué lo que para Stendhal la novela: "Un espejo que se pasea a lo largo de un camino". Llamaréis curiosidad a semejante emoción que, cuando los años van amontonándose sobre el alma del hombre que renuncia a la vida pública para encararse con la realidad de su propia conciencia, cristaliza los capítulos que constituyen los tres libros de **Los Ensayos**. Curiosidad es, por cierto, este análisis cotidiano. Pero no podemos separar el aporte de la experiencia que ha "pretez de bon coeur l'épaulement à leur aisance et facilité".

Entre las influencias directas que ejerció Montaigne hay dos que nos inquietan: la de su hija adoptiva Mlle. Marie de Gournay y la del Obispo Pierre Charron. Y nos inquietan justamente porque ambos, a pesar de la virtud sexual, son obra de la inteligencia. Mlle. de Gournay envejeció en el escepticismo de su maestro y no supo gustar otro "bouquet" que el de su prosa. Lo más que hizo fué escaparse al recinto de los poetas de La Pléyade. En cuanto a Pierre Charron su malicia fué mayor: sintetizó, en un hablar preciso y admirable que tiene toda la grandeza del de los mejores mora-

listas del siglo xvi, las teorías sutiles y traviesas de su amigo y maestro. Algunos críticos dicen que la obra de Charron consistió en aclarar las oscuridades de **Los Ensayos**. ¡Un escepticismo con lagunas! Y el hombre que lo llevó a la claridad, ordenando el procedimiento delicioso de pensamientos fugaces que vuelan en sensaciones de desencanto, es un padre de la Iglesia. Pero Charron fué un energúmeno con viso a la frivolidad; sin embargo, su **Sabiduría** es un libro que gana mucho cada vez que se lee: es una consecuencia de **Los Ensayos**, aunque el Obispo trate de iniciarnos en todos los sofismas de la virtud. Son más fuertes los conceptos de Montaigne aunque sean más oscuros: que la virtud, como el pudor, gana siempre en la oscuridad... "El compromiso áspero y ardiente de un deseo impetuoso" no es cosa que convenga a un padre de la Iglesia y sí a un escéptico que maneja su razón con una seguridad capaz de dominar el mundo, comenzando por el goce de lo más secreto de la propia conciencia.

Michel Eyquem, señor de Montaigne, nació en el feudo de esta señoría, en Perigord, el último de febrero de 1533. El fundador de su familia fué un vendedor de pescado de la rue Rouselle, en Burdeos. El ensayista siempre sintió una inclinación melancólica hacia el pueblo. Recordad lo que dice de su jardinero cuando lo contempla desde su **Gabinete de las Musas**: "Celui—la quit fait mon jardin, il a ce matin enterré son fils ou son père... Il ne se couche que pour mourir".

León Pacheco

El valor social del mártir

= Envío de la autora, México D. F. =

Toda definición es peligrosa y puede ser inexacta, pero la carencia de ella es fatal, porque significa que ignoramos lo que las palabras quieren decir y lo que valen las acciones.

En esta ocasión se me ha pedido hablar de los mártires y en consecuencia, he tenido que meditar sobre la significación de ciertos aspectos de la sociedad humana que determinan valores individuales. La personalidad del mártir,

tal como tiene que ser concebida, pocas veces implica superación y en algunas ocasiones la acción carece de sacrificio, de un esfuerzo que pueda ser sometido a un análisis sereno de acontecimientos generales y de acciones personales que nos permitan citar al personaje como un ejemplo para la formación de caracteres.

Quiero decir, que la personalidad del mártir implica también la personalidad del criminal y que ambos sujetos perjudican la dirección adecuada de las emociones humanas colectivas y además, lesionan los más bellos sentimientos del individuo.

Diré cómo considero que actúan los sujetos que forman el mártir. El criminal o verdugo despierta sentimientos de odio y de terror que forman elementos de destrucción social.

El mártir o sacrificado despierta sentimientos de amor subjetivo, propicios para que se manifiesten todos los histéricismos, o bien de admiración irrazonada que conduce a extraviar los propósitos que todo ser humano debe formar-se en relación con su actuación social.

OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

50 varas Oeste de la Tesorería
de la Junta de Caridad.

Tel. 4184 — Apdo. 338

Estos sentimientos que agitan a la colectividad ante quien se desarrollan los acontecimientos, suelen tener fatales resultados en la vida de los pueblos.

México es víctima de esta situación mental y emocional; elevar la personalidad del mártir, poner en las conciencias juveniles las escenas de sangre, como la apoteosis de la personalidad, es conservar el arraigo del culto de la sangre.

Un deseo mal sano se apodera de la juventud y la fantasía trabaja intensamente. Los más enérgicos buscan con ansia suicida, la inmortalidad en el martirio. Dicen estar dispuestos a dejarse matar por su ideal y también a conseguir así un fácil paso en los fastos de la Historia.

Y el extravío se repite generación tras generación; de todos se apodera la irreflexión y los altos fines de la vida hacia los valores constructivos de la sociedad son defraudados.

Los períodos de tregua obligada, por la fatiga de la tarea destructora, sirven para hablar de los libertadores que han sido sacrificados.

Se prepara a la juventud a morir por un ideal, no a vivir para él, y en el ánimo de cada generación estudiosa penetra muy hondo y muy fuerte, el anhelo del derramamiento de sangre, de la provocación de actos de violencia irrazonada.

El martirologio mexicano está lleno de escenas gloriosas sin trascendencia, de nombres que no simbolizan hombres.

La carne de cañón, el martirio colectivo, más que sufrido por los muertos, soportado por las viudas y los huérfanos, lo preparan las figuras sangrientas y las escenas de terror que frecuentemente son el único motivo de adoración en las iglesias de los pequeños poblados y de los barrios humildes.

Este aspecto de la Iglesia Mexicana, sorprende a los católicos de otros países. Una culta dama esposa de un diplomático europeo, comentaba recientemente con nosotras esta circunstancia. Su comentario confirmó mi creencia de poder encontrar en esta circunstancia el miedo y la repulsión que he visto nintada en las caritas de niños pequeños, cuando los hacen visitar por Semana Santa las Iglesias y ahora concluyo que para un pueblo como el nuestro, que tiene grandes masas ignorantes y emotivas, allí se les prepara para mártires o verdugos. Es la educación eficaz para desarrollar las fuerzas destructoras en un pueblo profundamente emotivo como es el nuestro.

¿Por qué, me pregunto, no se ha modificado este aspecto del culto religioso? ¿Por qué esa incompreensión a través de los siglos?

La Tragedia del Calvario, históricamente es una consecuencia lógica de la reacción del tirano en contra de aquel que traía un Mensaje de Eternidad para sacar de su pequeñez a esta pobre raza humana.

En verdad, ese fué, es y será el ma-

yor crimen político registrado en todos los tiempos.

Pero Cristo Jesús nos enseñó antes que a morir a vivir entre los semejantes. La Iglesia puede encontrar mayor número de escenas que inspiren al pueblo actividades constructivas. La dulzura de Jesús entre los niños. La sabiduría de Jesús, enseñando entre los doctores. La alegría de Jesús en las Bodas de Canán, la serenidad de Jesús cruzando el Tiberiades. La comprensión de Jesús hacia las mujeres que lo amaron y a quienes comunicó la gracia de poder amar enormemente sin recurrir al veneno agradable, pero mortal de la sensualidad. Y otras escenas que satisfacen plenamente las más ricas concepciones metapsíquicas, tal como nos la da el reciente libro "Lázaro de Betania" del ilustre don Roberto Brenes Mesén. Poema pequeño que puede ser colocado sin desdoro junto a los versos de Omar Kayan, de Salomón y de Tagore. Y que nos llena de alegría porque ya contamos entre las gentes de nuestro grupo racial tales excelsitudes de emoción, unida al conocimiento.

En genios menores de la raza hay muchos actos que mueven mi admiración, el martirio propiamente dicho, el que se efectúa por dos sujetos: el asesino y el asesinado, o el verdugo y la víctima: lo detesto desde el fondo de mi conciencia y mi admiración al mártir es condicional.

Por lo que hace a los mártires que llaman de la Ciencia, mi convicción me deja acercarme palpitante de interés a ellos; pero no como mártires sino como directores de la Humanidad, los hay Heroicos, los hay Prometeicos, los hay Apolíneos.

De los tres directores que yo menciono, el Heroico es espectacular, decidido, de recursos variados para salvar las cir-

cunstancias apuradas. Con magnetismo capaz de arrastrar a los otros tras sí. Han sido los conquistadores de pueblos, los fundadores de Estados, los defensores de sus conciudadanos. En valor son los primeros, nada tienen en común con el torvo criminal o con el cobarde que arma brazos inconscientes. El Héroe de mi admiración mata, sólo cuando está expuesto a morir y quizá mide su fuerza con otro tan noble como él, pero menos afortunado.

El Director Prometeico es menos espectacular, es el que penetra con amor en los secretos de los elementos que nos rodean, el que hace vapor del agua y liberta a los hombres y a las bestias de la fatiga agotante...

Es el que aprisiona el aire y nos da el espectáculo de dominarlo para usar la fuerza neumática a su antojo. Es el que une dos fuerzas y determina con ello un fenómeno eléctrico que sorprende.

El Director Apolíneo es más sutil, hace el trabajo del poeta, del músico, en suma, del Artista. Es capaz de influir en una o en varias generaciones sin sospecharlo siquiera. El es el precursor y el continuador de los Maestros de Sabiduría.

Directores y Maestros de la Humanidad, he aquí ante quienes me inclino reverente. Ante el mártir, únicamente a condición de que haya sido una de las dos cosas, Director de Hombres o Maestro de Hombres.

Morir no es un heroísmo, no es un valor que cuente en el contenido de una vida humana, es un acto del que nadie puede escapar: espectacular, tranquilo o angustioso: el acto de la existencia individual se realiza, queramos o no.

En consecuencia el investigador que es aniquilador por el resultado inesperado de un experimento, es admirado en cuanto a su dedicación y sentido en la medida en que su devoción hacia la Ciencia haya arrancado sus secretos a la naturaleza y haya sentado premisas que los demás hombres puedan usar en beneficio del progreso y la libertad humana.

En cuanto a la mujer heroica, corresponde el mismo lugar. Heroínas como Esther, Judith, Juana de Arco, Luisa Michel, Sofía Perowskaya, Carmen Serdan. Prometeicas como Madame Curie, Apolíneas como Madame Stael, Jorge Sand y entre las nuestras Alfonsina Storni, Gabriela Mistral, Juana de Ibarborou, y otras cuya estatura puede medirse por su capacidad para expresar la conciencia femenina; conocimiento necesario para ir más allá de un mundo organizado parcialmente, cuyo lema más alto ha sido Los derechos del hombre y que necesita para comprender los altos fines de la vida, establecer en la Sociedad El derecho humano.

Mi mejor homenaje para los Directores de hombres y para los Maestros de la humanidad es el llamado al heroísmo de la mujer, que intrépida y decidida conozca el sentir de los hombres, las emociones que hacia ella los mueven, per-

Cansancio mental Neurastenia Surmenage Fatiga general

son las dolencias que se
curan rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual dice
el distinguido Doctor Peña
Murrieta, que

"presta grandes servicios a tra-
tamientos dirigidos severa y
científicamente"

versas unas, villanas otras, generosas muchas, interesadas las más.

Condorcet, Sieyes, Stuart Mill y Turgot, destacándose por su comprensión y amados intensamente por mujeres superiores, nos confortan y alientan para resistir los groseros ataques, de otros que extraviados e impotentes no pueden ser generosos y arrojan su odio sobre la mujer, destruyéndose a sí mismos.

Por las groseras burlas y por las opiniones despiadadas es por lo que al despertar la conciencia femenina hay que amarla para resistir al odio y a la inquina; hay que enriquecer su fantasía con las posibilidades de la vida en su manifestación humana.

Quisiera manejar la palabra hecha canto y poder hacer un poema de invocación al hombre de mañana, al que he podido concebir en la fantasía como el fruto perfecto, nutrido en vientre de mujer.

Y creo en la sinceridad del poeta y en la bondad de su alma, cuando no encuentra su tipo de mujer y en un supremo esfuerzo hace música de palabras, las que serán más tarde carne sana, inteligencia clara y ofrenda de amor, para realizar la mutación del ser humano al ángel.

Así cantó el poeta yucateco Ricardo Mimenza Castillo a la

VIRGEN FUERTE

Yo toco, entre mis versos, elevadora diana por el ángel divino, la mujer del mañana, aquella que si tiene entre los labios rojos dulces mieles de amores, tiene ciencia en los ojos;

aquella que en los fastos de la vida descuella por sabia y por hermosa, por abnegada y bella.

Por todos los caminos, aligera y divina, no sólo sueña y ama, mas piensa y dictamina. No es Onfalé que a Hércules amorosa aprisiona,

es Hipatia que ciñe de estrellas la corona. No es Helena que vence en lucha destructora,

es Minerva que enciende con su escudo la aurora.

Y, en todo lance extraño y en toda atiliva suerte, triunfa del tiempo y triunfa del hombre y de la muerte.

A veces, como una divinidad asoma, en un pórtico en Grecia o en una fiesta en Roma.

A veces pone en todo un esplendor divino, en el Dante o en un cuadro del Perugino, y a veces, muy graciosa cual paloma del arca, unge con un ensueño la vida del Petrarca.

Tiene todos los ritmos y todos los fulgores, sus labios hechiceros, suaves y admonitores, suscitan la Sibila que en trípode radiante conjura los peligros del porvenir distante, recuerdan a las musas que encordaron la lira que en brazos del poeta llora, canta o suspira.

Es avasalladora su límpida hermosura, pero dentro sus ojos un dios fuerte fulgura: son tentadores y urgen por el amor sus labios, pero dentro su frente hay pensamientos sabios;

es un toisón glorioso su cabello buriel, pero su alma está ansiosa del divino laurel! Fulgor, sabiduría, laurel: tal encendida, en mármoles y bronce es gloria, es fuerza, es vida!

Por eso, entre mis cantos, la arrobadora diana

ROGELIO SOTELA

ABOGADO

y

NOTARIO

Oficina: Pasaje Dent

TELEFONO No. 3090

Casa de habitación, Teléfono No. 2208

surge para el ensueño, la mujer del mañana; para el ideal sublime que encarna un alma fuerte,

que triunfa de la historia, del hombre y de la muerte;

aquella que en los fastos de la vida descuella por sabia y por hermosa, por abnegada y bella!

¡Oh ensueño luminoso del alma que encendiste

los antros más sombríos del corazón del triste!

¡Oh! ilusión errabunda que inmarcesible alcanzas

la cumbre más altiva de nuestras esperanzas;

¡Oh amor! Oh apoteosis de la mujer sublime que con bronce de lumbré todo cerebro

opprime;

desciende de las nubes, descende de los cielos luminosa y gallarda, como nuestros anhelos, descende del empíreo, descende de la altura, con toda tu esplendente, tu límpida hermosura;

desciende, como en una gran transfiguración al alcázar que espera dentro del corazón.

Tú serás la radiante gentil alma elegida para abriarnos piadosa las puertas de la vida: serás un lampo de oro para nuestra existencia,

serás la altiva copa que rebose la ciencia, serás a los ideales encendido estandarte, serás cual la custodia magnífica del Arte!

En un rapto sublime, descende—oh virgen fuerte!—

en un eterno triunfo del tiempo y de la muerte.

No quiero terminar este pequeño trabajo, sin considerar a las mujeres que son precursoras de esa **Virgen fuerte**, perfecta desde la juventud.

Hablaré solamente de una de las **maestras de mujeres**, de la más grande de las contemporáneas a quien he pagado tributo de admiración. Jane Adams, la fundadora del Servicio Social moderno, la que recogió sus experiencias de protección individual en un libro titulado **Twenty years at Hull House**. La misma que se enfrentó ante todos los podero-

sos para decir su verdad durante la Guerra Europea y que siendo impotente para evitar el mal decidió acometer la empresa de romper el sitio de hambre que los guerreros les habían puesto a las ciudades afligidas por la peste, la guerra y otras calamidades.

Henry Ford le fletó un barco que ella cargó de mercancías, y otras muchas mujeres colaboradoras cuyas emprendieron la jornada heroica más humana, más patética contra la barberie humana y fué con su brigada de protesta y amor a dar atenciones a los necesitados de pan y consuelo.

Jane Adams no espera para decir su palabra de rectitud otro dictado que el de su conciencia, que cada día y cada año se ha hecho más clara y más justa.

Jane Adams no es espectacular. Vive en Hull House siempre que está en Chicago; Hull House es una gran casa levantada en el distrito más pobre de Chicago. Su familia la componen todos los extranjeros y nacionales que se acercan a ella en busca de algo y salen de allí confortados y aleccionados. Cuando ella está en la casa, preside invariablemente la gran mesa y personalmente sirve a cada uno su ración; todos gozan de paz y tranquilidad cerca de esta mujer comprensiva y profundamente humana.

Cuando se habla con ella de los problemas de otros países, suele decir: "Hav mucho trabajo en el mundo, todo está igual. Habrá usted observado que este no es un paraíso, (refiriéndose a los Estados Unidos). Los hombres de negocios han engañado a la gente y se han venido de lugares mejores para ellos, con la ilusión de mejorar y ya ve el resultado de la insinceridad. Aquí están las miserias de nuestros distritos pobres".

Jane Adams, tiene algo más de sesenta años, su mentalidad está clara y ágil. Como en todos los seres superiores, la energía no la abandona y los años le han dejado la experiencia y la bondad que la ponen con justicia en el primer lugar para representar la **sabiduría femenina**.

El nombre de esta mujer es como un símbolo y su ejemplo es un faro para guiar sin tropiezo a la **Virgen fuerte**, a la por venir que canta nuestro exquisito poeta yucateco y que anhela resplandeciente de belleza, plena de juventud y coronada de sabiduría.

Elena Torres

Noviembre de 1933.

Noticia de libros

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras).

De Germán List Arzubide: **Práctica de Educación irreligiosa**. Para uso de las Escuelas Primarias y Nocturnas para obreros. «Ediciones Integrales». México D. F. 1933.

En las ediciones BABEL, Buenos Aires, **El juego existencial**, por Carlos Astrada. 1933.

Con el autor: Avenida Arijón 1115. Rosario. Rep. Argentina.

Este libro de Francisco Alejandro Lanza: **Papá**. Con el autor: Masini 3208. Montevideo. Uruguay.

Remitido por la Biblioteca Municipal de Guayaquil:

Ecuador. Guía práctica publicada por la Empresa Periodística del Ecuador. 2.ª edición. Guayaquil, 1933.

F. J. Fálquez Ampuero: **Caja de Cromos** (Poesías líricas y versiones). Guayaquil, 1928.

El Lector Ecuatoriano. Libro tercero para las Escuelas Primarias. Por José Antonio (Pasa a la página siguiente)

EDITOR:
J. García Monge

Correos: Letra X

Suscripción mensual: \$ 2-00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

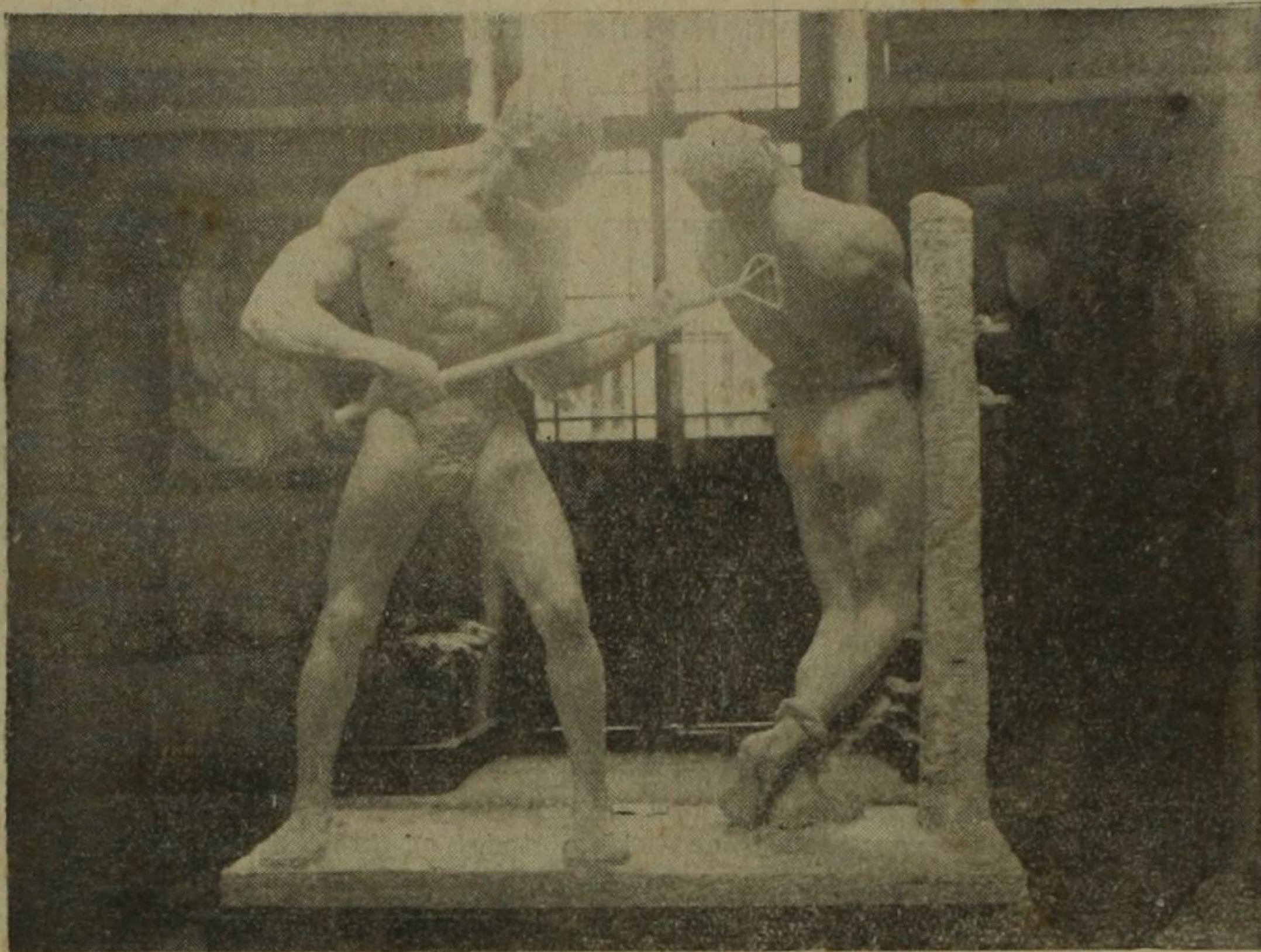
Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—José Martí.

Representante
en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, \$ 3.50
(El año, \$ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Ismael Pozo, pequeño, con la cara más típicamente india del Perú, no quiere hablar de arte. No sabe hacerlo, y, por tanto, no intenta siquiera contradecir las parrafadas elocuentes de sus interlocutores españoles, estos célebres polemistas de mesas de café, que discuten alzando los brazos a la altura de la cabeza, como citando a banderillas, o moviendo los brazos abiertos hacia los lados como toreando con los argumentos... Ismael Pozo, pequeño, casi infantil por su sonrisa, por su actitud, por su afonía, sonríe a través de sus dos filas de dientes blancos, de indio vigoroso, y se esconde detrás de su mutismo. ¿Para qué hablar? ¿Para qué discutir vanamente? ¿Por qué perder el tiempo tan lastimosamente? Pozo ya ha hablado bastante a través de sus obras para que no tenga derecho al silencio de ahora. Ahí está su "Maternidad", en que este artista indio da su visión especial de este sentimiento que ha preocupado a todos los artistas, desde los pintores cristianos de

El escultor Pozo

= Envío del autor. =



La carimba

Obra del escultor Pozo

las catacumbas de Santa Cecilia hasta el "Descendimiento" de Van der Veidem, sin olvidar la juvenil "Pietà" de Miguel Angel que puede admirarse—a pesar de la oscuridad del sitio—en la primera capilla de la entrada de la Basílica de San Pedro.

Pozo no representa a la Virgen ni al Niño de los cristianos, ni a la Madre ni al Crucificado de los renacentistas. Pozo esculpe una madre india amamantando con su pecho vigoroso a un indiecito. El artista no busca la belleza en las facciones de la madre y del niño para agradar al gran público. Todo lo contrario. La india no es bonita, el niño no lo es tampoco. Sin embargo, el grupo escultórico, el conjunto artístico guarda una perfecta armonía, impresiona fuertemente por la belleza de la línea y de la expresión.

Aquí está *La carimba* (carimbar en quechua, igual a marcar) con toda su fuerza, con todo su acierto de significado. Es el negro que marca a otro negro. Hay en la figura del marcador, la energía, la voluntad poderosa del que hace daño a un semejante para desquitarse del daño que le han hecho a él. La ruda venganza de los que no conocen otra ley que la que se toman de propia mano. En la figura del marcado está expuesto todo ese conglomerado de sensaciones pasivas del impotente ante el

destino y las leyes injustas de los hombres. El marcado llora de rabia, de indefensión y de miedo. Se encoge, se escabulle, trata de desencadenarse y se desmaya. ¿Puede decirse más con el escople y el cincel?

Aquí está el "Noco", ese niño indio que juega a las bolas. Escurrido de carnes chatillo, ágil e impúber.

Aquí está por último toda esa fauna estilizada que puebla las cornisas, los techos, el entrecolumnio de los patios y se derrama por toda la casa hasta salir al exterior del precioso pabellón que presentó el Perú en la última Exposición Iberoamericana de Sevilla.

Para qué hablar con palabras vanas. Ismael Pozo no sabe hablar más que en piedra. Sólo pronuncia discursos en mármol. Sólo improvisa en diorita. ¡Ojalá supiéramos hablar todos con su elocuencia!

Abel Romeo Castillo

Madrid, abril de 1931.

Noticia de libros

Viene de la página anterior

Campos y el Dr. Modesto Chávez Franco, Guayaquil, 1915.

Una novela de J. Sampérez Janin: *Candanos*. Barcelona, 1933.

Con el autor: Romanis, 72, Hospitalet. Barcelona, España.

Alberto Ureta (Miraflores, Lima) ha publicado este libro de poemas: *Las Tiendas del Desierto*. Gil, S. A., Editores.

Envío de la Carnegie Endowment for International Peace (405 West 117th. Str. New York City): Nicholas Murray Butler: *Los constructores de los Estados Unidos*. En la «Biblioteca Interamericana». Trad. de Jorge Roa. La Habana, 1933.

De Francisco Lucientes: *Regalado*. Editorial Borrás Hnos. San José de Costa Rica. 1933.

Por «Ariel», Editora Ltda. de Río Janeiro, Francisco Karan ha sacado: *A hora espessa*. Versos. Con el autor: Araraquara. Estado de São Paulo, Brasil.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas ediciones.

INDICE



OBRAS DE FEDOR DOSTOIEWSKI, EN PASTA, a \$ 3.50 EL TOMO

El jugador
Crimen y castigo (2 vols.)
Los hermanos Karamazov (4 vols.)
El adolescente 2 (vols.)
La aldea de Stepanchicovo.
El eterno marido.
Un pequeño héroe. Un trance difícil.
El sueño del tío.
El idiota. (3 vols.)
Crimen y castigo (2 vols.)

Otras obras:

G. H. Wells: *El país de los ciegos*. Pasta \$ 4.00
O. Wilde: *El alma del hombre bajo el socialismo* 3.50
J. Cadalso: *Cartas Marruecas*. Pasta. 2.50
Arcipreste de Hita: *Libro del Buen Amor*
Pasta. 2.50
Don Juan Manuel: *El Conde Lucanor*
Pasta 2.50
R. Louis Stevenson: *Aventuras de un Mayorazgo escocés*. Pasta 3.50
Solicítelos al Adr. del Rep. Am.

Imprenta «LA TRIBUNA»